Heraldos del Evangelio

Número 218
Septiembre 2021

Los grandes horizontes de la fe

«Que el buen ángel custodio vele sobre ti»

Que el buen ángel custodio vele sobre ti. Él es tu conductor, que te guía por el áspero sendero de la vida. Que te guarde siempre en la gracia de Jesús, te sostenga con sus manos para que no tropieces en cualquier piedra, te proteja bajo sus alas de las insidias del mundo, del demonio y de la carne. Tenle gran devoción a este ángel bienhechor.

¡Qué consolador es el pensamiento de que junto a nosotros hay un espíritu que, desde la cuna hasta la tumba, no nos deja ni un instante ni siquiera cuando nos atrevemos a pecar! Este espíritu celeste nos guía y nos protege como un amigo o un hermano. Es también consolador saber que este ángel reza incesantemente por nosotros, ofrece a Dios todas las buenas acciones y obras que hacemos; y nuestros pensamientos y deseos, si son puros. Por caridad, no te olvides de este compañero invisible, siempre presente y siempre pronto a escucharnos y más todavía para consolarnos.

¡Oh, feliz compañía, si supiésemos comprenderla! Tenlo siempre delante de los ojos de la mente, acuérdate frecuentemente de su presencia, agradéceselo. Ábrete y confíale todos tus sufrimientos. Ten constante temor de ofender la pureza de su mirada. Él es tan delicado ¡y tan sensible! Pídele ayuda en los momentos de suprema angustia y experimentarás sus benéficos efectos.

No digas nunca que estás sola para luchar contra tus enemigos. Nunca digas que no tienes a quién abrirte y confiarte. Sería una grave ofensa a este mensajero celeste.

Carta de San Pío de Pietrelcina a Ana Rodote, 15/7/1915.

Reproducción

San Pío de Pietrelcina rodeado de niños después de una Primera Comunión

Heraldos del Evangelio

Año XIX, nº 218, Septiembre 2021

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliaza C.

Edita:
Editorial VERUM S.A.
Alcalde Eduardo Castillo Velasco 2345
Ñuñoa, Santiago de Chile
ISSN:0717-7690

Suscripciones:
Chile:
Santiago:
Alcalde Eduardo Castillo Velasco 2357, Ñuñoa
Tel. (56 2) 2706 4000 +56 9 7335-5966
heraldos@heraldosdelevangelio.cl

Uruguay:
Montevideo: Lanús 5880
Tel. (598 2) 2321 4963
fatimauy@adinet.com.uy

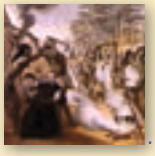
Imprime: A Impresores S.A.

Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción. El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

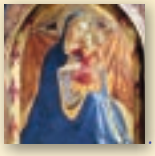
Sumario

Escriben los lectores 4

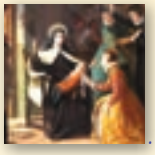
Magnanimidad y magnificencia en el servicio de Dios (Editorial) 5



La voz de los Papas – Atraer a las almas por la predicación de la verdad 6

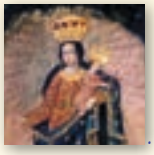


Comentario al Evangelio – El secreto del verdadero éxito 8

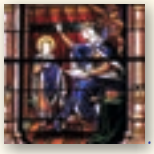


Los síntomas de la presunción – Una pandemia de siete mil años 14

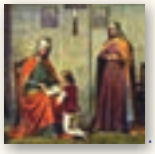
El oratorio «Ordo Virtutum» de Santa Hildegarda de Bingen – ¡La melodía del combate! 18



Nuestra Señora de Las Lajas – La firma de Dios en la Creación 22



La corte celestial, arquetipo de las realidades terrenas 26



Santa Ludmila de Bohemia – Alma férrea y corazón maternal 28

El jardín de María, que nada puede destruir 32

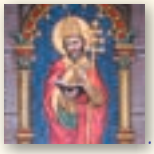
Santas… ¡miserias! 36

La recompensa de los que saben «gritar aún más fuerte» 38

Heraldos en el mundo 42

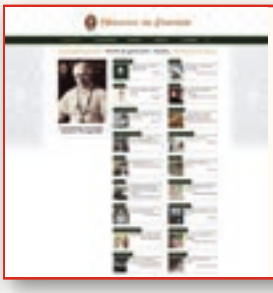
Sucedió en la Iglesia y en el mundo 44

Historia para niños... – Perseguido por una mirada 46



Los santos de cada día 48

Admiración: consuelo en medio de las perplejidades 50



Revista Heraldos del Evangelio en línea

Acceda al contenido de la revista directamente desde su teléfono móvil.

Entre en: **revistacatolica.org**

Escriben los lectores

Imágenes siempre inéditas y lindas

Estoy suscrita a la revista *Heraldos del Evangelio*, la cual aprecio mucho, pues siempre trae inéditas y hermosísimas imágenes y les felicito por ello.

En la portada de la edición de mayo venía una bellísima foto de la Virgen con el Niño; y en la de marzo, una de San José. Me gustaría preguntarles qué imágenes son esas y si me podrían mandar las fotos originales, sin las palabras, para poder enmarcarlas. Agradecida, les envío cordiales saludos y me encomiendo a sus oraciones.

Giusy La Rosa
Catania – Italia

No podemos hacer concesiones a otras doctrinas

Me gustaría felicitarles por su revista, *Heraldos del Evangelio*, por la profundidad y calidad de contenido de todas sus ediciones, pero, en concreto, por la publicación del núm. 212, de marzo de 2021.

Particularmente he reflexionado mucho sobre la mentalidad del católico hodierno, el cual dice o presume entender por «caridad» la aceptación de las otras religiones, sea en su totalidad o mezclando tales doctrinas con la verdadera. La edición en cuestión me ayudó profundamente en esto leyendo *Mortalium animos*, de Pío XI, que venía en esta revista. Las palabras del Papa enseñan que, teniendo los católicos las sólidas garantías de la Tradición Apostólica y la Revelación divina, racionalmente sustentadas en la fe, no pueden hacer concesiones a otras doctrinas, en nombre de una supuesta caridad para con el prójimo. ¿Se puede amar o practicar verdadera caridad sin amar a Dios? ¿Ser infiel a su única doctrina? A mí me quedó claro que no.

Esto me recuerda la parábola del grano de mostaza (cf. Mt 13, 31-32). Es la más pequeña entre las semillas, no obstante crece y se convierte en la planta más grande. Son los pájaros que van a hacer morada en ella, sus ramas los invitan a construir sus nidos, así permanece como es, según su naturaleza, conforme Dios la creó, para los que quieren y los que no quieren tener su hogar en ella.

Antonio Carlos Rocha
São Paulo – Brasil

Dignidad y elegancia del sari

Me ha gustado especialmente el artículo *En la India, un vestido de luz y esplendor*, de la última edición de la revista. A través de sus líneas me he sentido en total consonancia con las ideas expuestas. Personalmente, aprecio la dignidad y la elegancia que aporta el sari, tan opuestas a la vulgaridad imperante en la actual moda occidental.

En mis peregrinaciones a Lourdes, siempre me atrae el colorido de las numerosas damas indias que acuden a venerar a Nuestra Señora ataviadas con tan vistosa prenda. Y allí, ante la gruta de Massabielle, imagino la sonrisa de Nuestra Señora al contemplarlas, haciendo gala de decoro y como si fuesen las más bonitas flores del jardín celestial.

María Luz Gómez Casal
Vía revistacatolica.org

Editoriales: lectura del tiempo presente a la luz de la fe

Hace varios años que recibo la revista *Heraldos del Evangelio* y siempre que llega suelo leerla primero a través de las imágenes, las cuales por sí solas ya nos hablan al corazón. ¡Imaginen qué decir de los artículos!

Pero lo que más me llama la atención, pues es difícil considerar cuál es el mejor artículo de la revista, son los *Editoriales*. Impresionante su lectura del tiempo presente, como nos enseñan la Santa Madre Iglesia, la Sagrada Escritura, la Tradición y el Magisterio. Al leerlos, parece que se nos caen «las escamas de los ojos» para poder interpretar a la luz de la fe los acontecimientos de los días actuales. Que María Santísima les bendiga torrencialmente.

Silvia Alessandra Pill
Santo André – Brasil

Los Heraldos dan todo lo que tienen

Agradezco tan valiosa revista que recibo mensualmente. Nos ayuda bastante por la catequesis que nos transmite y por lo mucho que nos acerca a María, nuestra Madre. Reconocida, sé que en este momento debe ser muy difícil seguir imprimiéndola. Los Heraldos dan todo lo que tienen. Hacen bien, mucho bien, sin mirar a quien. Que Jesús y María les bendiga.

María Germana S. Costa Peixoto
Paços de Ferreira – Portugal

Respuesta a mi oración

Muchas gracias por perseverar en sus buenas obras, como siervos de los dos Sagrados Corazones. Su excelente publicación del pasado mes de junio contenía un artículo que dio respuesta a mi oración.

Ana Smith
Midland – Canadá

Comentario al artículo sobre los ángeles

Que nuestro ángel de la guarda nos guíe siempre por caminos ciertos y que Jesús pueda librarnos del pecado que intenta apartarnos de Dios, dándonos sabiduría para actuar continuamente con fe y que María Santísima siempre nos proteja de todo mal con su manto sagrado. Así sea.

Eliomar de Araújo Carvalho
Vía revistacatolica.com.br

Magnanimidad y magnificencia en el servicio de Dios

Al contrario de lo que insinúa cierta concepción edulcorada y pusilánime de la religión, Nuestro Señor Jesucristo convida a sus discípulos a ser «la luz del mundo», es decir, a que brillen ante los hombres, para que éstos, al ver sus buenas obras, glorifiquen al Padre que está en los Cielos (cf. Mt 5, 14-16). Más aún, los incita a explorar horizontes siempre más amplios y echar las redes en aguas más profundas (cf. Lc 5, 4).

De esto el Señor daba un constante ejemplo en su vida pública, realizando obras que suscitaban admiración (cf. Mt 9, 33; Mc 2, 12; 9, 15; 10, 24). También instaba a los suyos a ser grandes en el Reino de los Cielos (cf. Mt 5, 19) y afirmaba que son los violentos los que lo arrebatan (cf. Mt 11, 12).

Siguiendo las sendas del divino Maestro, San Pablo no dudó en presentarse a los destinatarios de sus cartas como modelo: «Sed imitadores míos» (Flp 3, 17; 1 Cor 11, 1). La humildad es la verdad, decía Santa Teresa, y por eso el Apóstol no escondió la luz bajo el celemín, sino que la manifestó a los demás sin recelos.

Pues bien, aquí se configuran dos virtudes que infelizmente andan algo olvidadas en el océano de mediocridad, incluso apostólica, de nuestros días: la magnanimidad y la magnificencia, las cuales significan, en resumen, tener el alma grande y desear realizar grandes obras.

Estas virtudes, como las demás, participan de la perfección divina, ya que Dios es sumamente magnánimo y magnificente. Aparte de esto, distinguieron a los santos precisamente porque ellos practicaron en grado heroico todas las virtudes.

Ambas refulgían incluso en San Francisco, el «pobrecito de Asís», el cual no escatimaba esfuerzos para que los vasos sagrados fueran preciosos, ornamentados de manera digna del cuerpo y sangre de Jesús. Llamado por su principal biógrafo, Tomás de Celano, como «el nuevo caballero de Cristo», el *Poverello* no dudó además de autodenominarse «heraldo del gran Rey».

Otro ejemplo de esas virtudes lo encontramos en San Juan María Vianney, tan simple e incluso inculto, pero sobre el cual afirmó un abogado que fue a visitarlo a Ars: «He visto a Dios en un hombre». Y el propio Cura de Ars reconocía su carisma: «¡Qué cosa tan grande es ser sacerdote! Si lo comprendiera enteramente, moriría».

Hasta lo mismo se puede decir del óbolo de la viuda (cf. Lc 21, 1-4), que aun siendo un acto ínfimo se convirtió verdaderamente magnificente al haber sido realizado con nobleza de alma.

Según Santo Tomás de Aquino, la magnificencia también se refiere al uso con rectitud de la razón en el arte, como en la preparación de conmemoraciones festivas o en la construcción de edificios apropiados a su fin (cf. *Suma Teológica*. II-II, q. 134, a. 1).

En este mundo cada vez más tendente a la mecanización, a la multiplicación de elementos superfluos y banales, al pauperismo en los modos de ser y de actuar, en fin, a la pusilanimidad y mezquindad, se hace necesario encaminarse hacia los grandes horizontes. Y la Iglesia tiene un papel fundamental en esa tarea, sobre todo cuando se la presenta como realmente es: «Gloriosa, sin mancha ni arruga ni nada semejante, sino santa e inmaculada» (Ef 5, 27). ✧

Atardecer en la Casa Lumen Prophetæ, Mairiporã (Brasil)

Foto: Santiago Vieto

Atraer a las almas por la predicación de la verdad

Conquistar hijos para la Santa Iglesia Católica es la obra de caridad más importante. A partir de Benedicto XV, los pontífices han venido publicando documentos con el especial objetivo de instruir y animar a los que se lanzan a esa tarea.

¿Qué significa ser misionero?

La grande y santísima misión confiada a sus discípulos por Nuestro Señor Jesucristo, al tiempo de su partida hacia el Padre, por aquellas palabras: «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a todas las naciones» (Mc 16, 15), no había de limitarse ciertamente a la vida de los Apóstoles, sino que se debía perpetuar en sus sucesores hasta el fin de los tiempos, mientras hubiera en la tierra hombres para salvar la verdad. […]

Aun en los tres primeros siglos, cuando una en pos de otra suscitaba el infierno encarnizadas persecuciones para oprimir en su cuna a la Iglesia, y todo rebosaba sangre de cristianos, la voz de los predicadores evangélicos se difundió por todos los confines del Imperio romano. Pero desde que públicamente se concedió a la Iglesia paz y libertad, fue mucho mayor en todo el orbe el avance del apostolado; obra que se debió sobre todo a hombres eminentes en santidad. […]

Muchos de ellos, en el desempeño de su apostolado, han llegado, a ejemplo de los Apóstoles, al más alto grado de perfección en el ejercicio de las virtudes; y no son pocos los que han confirmado con su sangre la fe y coronado con el martirio sus trabajos apostólicos.

Pues bien: quien considere tantos y tan rudos trabajos sufridos en la propagación de la fe, tantos afanes y ejemplos de invicta fortaleza, admitirá sin duda que, a pesar de ello, sean todavía innumerables los que yacen en las tinieblas y sombras de muerte. […]

Nos, pues, llenos de compasión por la suerte lamentable de tan inmensa muchedumbre de almas, no hallando en la santidad de nuestro oficio apostólico nada más tradicional y sagrado que el comunicarles los beneficios de la divina Redención, vemos, no sin satisfacción y regocijo, brotar pujantes en todos los rincones del orbe católico los entusiasmos de los buenos para proveer y extender las Misiones extranjeras. […]

Pero quienes deseen hacerse aptos para el apostolado tienen que concentrar necesariamente sus energías en lo que antes hemos indicado, y que es de suma importancia y trascendencia, a saber: la santidad de la vida. Porque ha de ser hombre de Dios quien a Dios tiene que predicar, como ha de huir del pecado quien a los demás exhorta que lo detesten. […]

Supóngase un misionero que, a las más bellas prendas de inteligencia y carácter, haya unido una formación tan vasta como culta y un trato de gentes exquisito; si a tales dotes personales no acompaña una vida irreprochable, poca o ninguna eficacia tendrá para la conversión de los pueblos, y aun puede ser un obstáculo para sí y para los demás.

El misionero deber ser dechado de todos por su humildad, obediencia, pureza de costumbres, señalándose sobre todo por su piedad y por su espíritu de unión y continuo trato con Dios, de quien ha de procurar a menudo recabar el éxito de sus negocios espirituales, convencido de que la medida de la gracia y ayuda divina en sus empresas corresponderá al grado de su unión con Dios. […]

Con el auxilio de estas virtudes caerán todos los estorbos y quedará llana y patente a la verdad la entrada en los corazones de los hombres; porque no hay ninguna voluntad tan contumaz que pueda resistirles fácilmente. El misionero que, lleno de caridad, a ejemplo de Jesucristo, trata de acrecentar el número de los hijos de Dios, aun con los paganos más perdidos, ya que también éstos se rescataron con el precio de la misma sangre divina, ha de evitar lo mismo el irritarse ante su agresividad como el dejarse impresionar por la degradación de sus costumbres; sin despreciarlos ni cansarse de ellos, sin tratarlos con dureza ni aspereza, antes bien ingeniándose con cuantos medios la mansedumbre cristiana pone a su alcance, para irlos atrayendo suavemente hacia el regazo de Jesús, su Buen Pastor. […]

Porque ¿qué dificultad, molestia o peligro puede haber capaz de detener en el camino comenzado al embajador de Jesucristo? Ninguno, ciertamente; ya que, agradecidísimo para con Dios por haberse dignado escogerle para tan sublime empresa, sabrá soportar y aun abrazar con heroica magnanimidad todas las contrariedades, asperezas, sufrimientos, fatigas, calumnias, indigencias, hambres y hasta la misma muerte, con tal de arrancar una sola alma de las fauces del infierno.

Fragmentos de: BENEDICTO XV. *Maximum illud*: AAS 11 (1919), 440-450.

La obra de caridad más grande

No necesitamos ponderar cuán indigno sería de la caridad, con que debemos abrazar a Dios y a todos los hombres, el que, contentos con pertenecer nosotros al rebaño de Jesucristo, para nada nos cuidásemos de los que andan errantes fuera de su redil.

El deber de nuestro amor exige, sin duda, no sólo que procuremos aumentar cuanto podamos el número de aquellos que le conocen y adoran ya «en espíritu y en verdad» (Jn 4, 24), sino también que sometamos al imperio de nuestro amantísimo Redentor cuanto más y más podamos, para que se obtenga cada vez mejor «el fruto de su sangre» (Sal 29, 10), y nos hagamos así más agradables a Él, ya que nada le agrada tanto como el que los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad (cf. 1 Tim 2, 4).

Y si Cristo puso como nota característica de sus discípulos el amarse mutuamente (cf. Jn 13, 35; 15, 12), ¿qué mayor ni más perfecta caridad podremos mostrar a nuestros hermanos que el procurar sacarlos de las tinieblas de la superstición e iluminarlos con la verdadera fe de Jesucristo? Este beneficio, no lo dudéis, supera a las demás obras y demostraciones de caridad tanto cuando aventaja el alma al cuerpo, el Cielo a la tierra y lo eterno a lo temporal.

Fragmento de: PÍO XI. *Rerum Ecclesiæ*: AAS 18 (1926), 68.

Dos campos opuestos: con Cristo o contra Cristo

Bien sabéis, Venerables Hermanos, que casi toda la humanidad tiende hoy a dividirse en dos campos opuestos: con Cristo o contra Cristo. El género humano se ve hoy en un momento sumamente crítico, del cual se seguirá o la salvación en Cristo o la más espantosa ruina. Es verdad que la actividad y el esfuerzo eficaz de los predicadores del Evangelio luchan por propagar el Reino de Cristo; pero hay también otros heraldos, quienes, reduciendo todo a la materia y rechazando toda esperanza en una existencia feliz y eterna, trabajan por llevar a los hombres a una vida incompatible con la dignidad humana.

Con toda razón, la Iglesia Católica, madre amantísima de todos los hombres, llama a todos sus hijos, diseminados por toda la tierra, para que se esfuercen, según las propias posibilidades, por cooperar con los intrépidos sembradores de la verdad evangélica, ayudándolos con limosnas, oraciones y vocaciones misioneras. Con insistencia materna los invita a que «se revistan de entrañas de misericordia» (Col 3, 12); a que tomen parte en el trabajo misional, si no personalmente, al menos con el deseo; a que, finalmente, no dejen irrealizado aquel deseo del benignísimo Corazón de Jesús, el cual «vino a buscar y salvar lo que había perdido» (Lc 19, 10).

Fragmento de: PÍO XII. *Evangelii præcones*: AAS 43 (1951), 527-528.

Reproducción

Predicarles la fe es la mayor muestra de amor para con nuestros hermanos; por eso el misionero está dispuesto incluso a morir en rescate de una sola alma

Predicación de San Pedro Claver
Iglesia de San Ignacio, Bogotá

Martirio de los santos Isaac Jogues y Juan de La Lande, detalle de «Los mártires jesuitas de Canadá», Quebec (Canadá)

Reproducción

Nuestra Señora de la Humildad, por Fra Angélico - Galería Nacional de Parma (Italia)

Reproducción

Evangelio

En aquel tiempo, [30] Jesús y sus discípulos atravesaron Galilea; no quería que nadie se enterase, [31] porque iba instruyendo a sus discípulos. Les decía: «El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres y lo matarán; y después de muerto, a los tres días resucitará». [32] Pero no entendían lo que decía, y les daba miedo preguntarle. [33] Llegaron a Cafarnaún, y una vez en casa, les preguntó: «¿De qué discutíais por el camino?». [34] Ellos callaban, pues por el camino habían discutido quién era el más importante. [35] Se sentó, llamó a los Doce y les dijo: «Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos». [36] Y tomando un niño, lo puso en medio de ellos, lo abrazó y les dijo: [37] «El que acoge a un niño como este en mi nombre, me acoge a mí; y el que me acoge a mí, no me acoge a mí, sino al que me ha enviado» (Mc 9, 30-37).

El secreto del verdadero éxito

El corazón humano anhela realizarse de un modo más brillante, pero las pasiones desordenadas lo llenan de vanas ilusiones. ¿Qué hacer? Jesús nos muestra el secreto para lograr el auténtico y duradero éxito.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

I – Cuidadosa preparación para acontecimientos grandiosos

En el Evangelio de este vigésimo quinto domingo del Tiempo Ordinario, extraído del capítulo noveno de San Marcos, encontramos un bellísimo canto a la inocencia y a la humildad, presentadas por el divino Maestro como la senda regia para vivir santamente y conquistar, al término de nuestra peregrinación terrena, la corona de gloria en el Cielo.

Acompañado tan sólo por los Apóstoles, Jesús atraviesa de incógnito Galilea, a fin de evitar el incesante asedio de las multitudes. Pretendía formar a los suyos con vistas al momento culminante de su misión y por eso crea las condiciones necesarias para mantenerlos a su alrededor, reunidos en una intensa y agradable convivencia.

Antes de irse, Nuestro Señor se había transfigurado delante de Pedro, Santiago y Juan (cf. Mc 9, 2-8), mostrándoles el esplendor de su gloria. Para estos discípulos el Tabor representaba un enorme consuelo, hasta el punto de querer construir tres tiendas y permanecer allí a la luz del Señor glorificado por el Padre y por los representantes de la Ley y de los Profetas, Moisés y Elías. Al bajar del monte, Jesús les prohibió que contaran a los demás lo ocurrido hasta su Resurrección de entre los muertos, pero los tres predilectos no entendieron el significado de estas palabras, porque aún ignoraban que «sin efusión de sangre no hay perdón» (Heb 9, 22).

El episodio narrado a continuación por San Marcos —el exorcismo del espíritu mudo (cf. Mc 9, 16-29)— preparaba a los Apóstoles para la pelea y la contradicción. La tenaz resistencia de aquel demonio a sus plegarias y el ambiente de confusión creado por los escribas y fariseos, hasta la entrada en escena de Jesús, les mostraban la necesidad de rezar con fe y empeño, pues tal especie de demonios sólo podían ser expulsados por la oración.

Con este fondo de cuadro, hecho de luces y sombras, gloria y lucha, los discípulos caminan con discreción por Galilea, en íntimas conversaciones con su Maestro. Había llegado el momento de prepararlos para los acontecimientos más trágicos y grandiosos de toda la Historia.

II – Una nueva escuela: la humildad

Nuestro Señor es el enseñante más hábil y sabio de todos los tiempos. Al conocer la inmadurez espiritual de los que lo seguían, trató de crear las condiciones sobrenaturales y psicológicas necesarias para que atendieran a un anuncio de máxima importancia.

Había llegado el momento de preparar a sus discípulos para los acontecimientos más trágicos y grandiosos de la Historia

Sin recogimiento es imposible oír la voz de Dios

30 En aquel tiempo, Jesús y sus discípulos atravesaron Galilea; no quería que
31a nadie se enterase, porque iba instruyendo a sus discípulos.

El Evangelio de San Marcos subraya en distintos pasajes la continua afluencia de gente que solía rodear al Maestro y sus discípulos hasta el punto de no encontrar tiempo «ni para comer» (Mc 6, 31). En esas circunstancias el celo del Buen Pastor por las almas refulgía de manera especial, ya que siempre estaba dispuesto a sacrificar sus intereses e incluso las exigencias más elementales de supervivencia, como la de alimentarse, a fin de hacer el bien al prójimo, curando sus dolencias, expulsando los demonios y enseñando la Palabra de Dios.

Pasar por el crisol del dolor, del fracaso y del drama antes de conquistar la gloria del Cielo era una vía demasiado ardua e inapropiada para ellos

No obstante, en determinadas ocasiones los Apóstoles —los de entonces y los de todos los siglos— necesitaban distanciarse de los acontecimientos y dedicarse al recogimiento. De lo contrario, las labores de evangelización podrían degenerar en la así llamada «herejía de las obras» y verse transformadas en simples acciones sociales, de beneficencia o de entretenimiento, llegando a vaciarse de su verdadero contenido, que consiste en la comunicación de la gracia de alma a alma.

Por lo tanto, San Marcos destaca en estos versículos el cuidado de Nuestro Señor hacia aquellos que lo seguían. En efecto, su principal preocupación recaía sobre ellos, que le eran más cercanos y tenían la vocación de, una vez santificados, ser sus heraldos para el anuncio valiente del Santo Evangelio en todo el mundo.

Sólo en el aislamiento se mantiene el espíritu recogido y se puede prestar atención a las suaves insinuaciones de la gracia o a las claras enseñanzas procedentes del Cielo. Apartados del ruido de las grandes concentraciones, los discípulos estaban en condiciones de oír de los labios del Verbo Encarnado un mensaje profético de elevadísimos quilates.

La crucifixión, por Lorenzo Monaco
Museo del Louvre, París

La profecía más grandiosa

31b Les decía: «El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres y lo matarán; y después de muerto, a los tres días resucitará».

Lo que para los católicos de hoy día es una verdad de fe plenamente asumida y realizada por entero, a los oídos de los discípulos sonaba como algo enigmático, de ardua comprensión.

La realidad de una resurrección definitiva, que significara la victoria completa sobre la muerte, no estaba nada clara en sus mentes, quizá por el velo de misterio que cubría la vida *post mortem* para los judíos de la Antigua Alianza o, como parece más probable, por la pésima influencia de la cultura griega en la sociedad hebrea de la época.

Se trataba de la culminación dolorosa de la misión de Nuestro Señor, que sería seguida por la más fulgurante victoria en la mañana luminosa de la Pascua. Con todo, ¿quién iba a imaginar que el Taumaturgo proficuo en milagros, curaciones y exorcismos pasaría por el valle tenebroso de la muerte a fin de derrotar al demonio y devolver la inmortalidad perdida a los hijos de Adán?

Mentes obtusas y voluntades enflaquecidas

32 Pero no entendían lo que decía, y les daba miedo preguntarle.

No era la primera vez que los Apóstoles se escandalizaban ante la perspectiva del drama de la cruz. Sólo abrían un hueco en sus corazones para el ambiente

de éxito humano, alegría y emoción que se creaba en torno al Salvador cuando realizaba prodigios o pronunciaba discursos sublimes. San Pedro, por ejemplo, fue reprendido por el Señor por el hecho de tratar de disuadirlo a enfrentar la Pasión: «¡Apártate de mí, Satanás» (Mt 16, 23), le dijo el Maestro.

Jesús con los Apóstoles
Catedral de Le Mans (Francia)

La hipótesis de que Jesús fuera perseguido, traicionado y muerto chocaba con la idea triunfalista de un falso mesías político, cuya misión consistiría en devolverle a Israel la hegemonía social y económica, sometiéndoseles los pueblos y atrayendo a Jerusalén un caudal de riquezas.

Pasar por el crisol del dolor, del fracaso y del drama antes de conquistar la gloria del Cielo era una vía demasiado ardua e inapropiada para ellos. Si Nuestro Señor demostraba tal dominio sobre la naturaleza, incluso sobre la muerte, ¿por qué no aplicarlo para tomar el poder y actuar con más eficacia en favor de los intereses terrenos del pueblo? ¿No habían actuado así los antiguos jueces Gedeón, Sansón y Jefté? ¿Qué sentido tendría ser entregado a manos de los hombres hasta el extremo de la muerte?

Los discípulos no se atrevían a preguntarle. Temían escuchar una respuesta que los obligara a cambiar radicalmente de mentalidad, para lo que no estaban mínimamente predispuestos. El apego al pensamiento dominante, insuflado por las élites decadentes de Israel, les quitaba la libertad de profundizar en una cuestión de capital importancia, pero que les causaba el más fastidioso tedio.

Los Apóstoles eran incapaces de abarcar el horizonte grandioso que Nuestro Señor deseaba desvelar antes sus ojos y, menos aún, el odio mortal que, como consecuencia de ese mismo horizonte, le tenían sus enemigos. De hecho, la doctrina nueva dotada de potencia que proclamaba el Hijo de Dios estaba impregnada de esperanza en la vida eterna y exigía renuncia a los intereses personales, así como una dedicación sin pretensiones que debía llegar hasta el martirio. Tal perspectiva idealista y sobrenatural desmontaba las metas demasiado terrenales y ambiciosas de los fariseos y de los escribas, los cuales habían fabricado para sí un falso mito de felicidad y tenían una sed insaciable de prestigio y de lucro. Por eso su odio contra el Mesías sería implacable y cruel, como lo había vaticinado el Libro de la Sabiduría:

«Razonando equivocadamente los impíos se decían: […] "Acechemos al justo, que nos resulta fastidioso […]. Presume de conocer a Dios y se llama a sí mismo hijo de Dios. Es un reproche contra nuestros criterios, su sola presencia nos resulta insoportable […]. Nos considera moneda falsa y nos esquiva como a impuros. Proclama dichoso el destino de los justos, y presume de tener por padre a Dios. Veamos si es verdad lo que dice, comprobando cómo es su muerte. Si el justo es hijo de Dios, Él lo auxiliará y lo librará de las manos de sus enemigos. […] Lo condenaremos a muerte ignominiosa, pues, según dice, Dios lo salvará". Así discurren, pero se equivocan» (2, 1.12-21).

El amor propio ciega y debilita

[33] Llegaron a Cafarnaún, y una vez en casa, les preguntó: «¿De qué discutíais por el camino?». [34] Ellos callaban, pues por el camino habían discutido quién era el más importante.

Los discípulos estaban interiormente divididos: amaban al Maestro, pero no querían ser modelados por Él hasta las últimas consecuencias; su entrega era superficial y se mezclaba con sus intereses personales, ligados a la vanidad. De este modo, no sólo evitan preguntar sobre la profecía de la Pasión, sino que se dejan llevar por la presunción hasta el punto de caer en la discusión deplorable, hecha de rivalidad, con respecto a quién sería el primero entre ellos. Cada uno deseaba saber cuál sería su papel en la futura Iglesia, cuando no en un restaurado reino de Israel, ansiando escalar las más altas posiciones de prestigio y autori-

Los discípulos no lo entendían y no se atrevían a preguntarle. Temían escuchar una respuesta que los obligara a cambiar radicalmente de mentalidad

dad. El delirio de mando, hijo del orgullo, esclavizaba sus corazones aún pasionales.

Ese amor propio exacerbado cegaba la visión interior de los Apóstoles, impidiéndoles contemplar los panoramas desplegados por Nuestro Señor acerca de sí mismo cuando les hablaba de su inmolación y triunfo eterno. Además, estaba en el origen del fastidio que les había causado el vaticinio trágico y magnífico con respecto a su porvenir. Por otro lado, las voluntades de aquellos discípulos eran débiles, pues quien se deja dominar por el orgullo y se admira a sí mismo, omitiendo la retribución a Dios por los beneficios recibidos, queda con el corazón enflaquecido y se vuelve incapaz de resoluciones firmes y actitudes heroicas. De ahí la importancia capital de la humildad, que es la raíz de todas las virtudes. La presunción conduce a la molicie y a la cobardía, mientras que falta de pretensiones sirve de coraza para los más audaces y santos atrevimientos.

Un auténtico seguidor de Jesucristo debe vivir exclusivamente para mayor gloria de Él, obedeciendo sus preceptos con vehemente celo. Se trata de un corolario lógico e indispensable del primer mandamiento, pues amar a Dios sobre todas las cosas significa vivir para Él y no para nosotros mismos, dispuestos a enfrentar las luchas y sacrificios que sean necesarios para verlo conocido, reverenciado y exaltado. Esta determinación tiene como consecuencia la inmolación de los viles y banales intereses egoístas, lo que es condición esencial para nuestra santificación. De este modo seremos imitadores de aquel que enseñaba: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón» (Mt 11, 29).

«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». Era el grito de la entrega más sumisa y afectuosa del mejor de los hijos en los brazos del Padre perfectísimo

¿Quién es el más importante?

35 Se sentó, llamó a los Doce y les dijo: «Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos».

Antes de la Pasión y de la venida del Espíritu Santo, la mentalidad de los Apóstoles era adversa a la actitud preconizada por el divino Maestro en este versículo. Para ellos el poder debía ser ejercido con mano férrea, de una manera enérgica, violenta e impositiva. Sólo un gobernante con tales características obtendría éxito. Jesús destruye esa concepción errada, basada en el orgullo humano, a fin de enseñar a sus seguidores la verdadera noción de autoridad y la forma virtuosa de ejercerla.

Por esa razón instauró en su Iglesia una jerarquía visible, que tiene en su cima al Santo Padre, el Papa, y en escalones sucesivos a los obispos, sacerdotes y diáconos. Sin embargo, aunque sumamente respetable, tal jerarquía debe primar por el espíritu de servicio y, por eso, San Gregorio Magno escogió para sí y sus sucesores en el papado el título de *Siervo de los siervos de Dios*. Por lo tanto, el primero es en cierto modo el último por el hecho de estar a disposición de todos, como un humilde servidor, ofreciéndoles el fruto de su ministerio con generosidad y dándose sin esperar nada a cambio, a imitación de Nuestro Señor, que dio su vida por los hombres.

He aquí una manera inédita de alcanzar el más elevado éxito: ¡ser humilde!

La glorificación de la inocencia

36 Y tomando un niño, lo puso en medio de ellos, lo abrazó y les dijo: 37 «El que acoge a un niño como este en mi nombre, me acoge a mí; y el que me acoge a mí, no me acoge a mí, sino al que me ha enviado».

El magnífico y enternecedor gesto de la Sabiduría Encarnada debe haber dejado a los Apóstoles estupefactos. Coger a un niño, rodearlo de casta ternura y proponerlo como digno representante de sí mismo y del Padre eterno era una actitud inesperada, audaz y encantadora. Con ella Nuestro Señor pretendía impresionar profundamente los espíritus y conmover los corazones endurecidos por la discordia.

El niño es símbolo de la inocencia, del desinterés y de la confianza. Los pequeños dependen con humildad de sus superiores y les confían sus infantiles preocupaciones porque los aman con candor, cuando notan en ellos auténtica bondad. Este abandono filial fue una de las características más marcadas de las relaciones del Hombre Dios con el Padre, hasta el punto de exclamar desde lo alto de la cruz: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23, 46). Era el grito de la entrega más sumisa y afectuosa del mejor de los hijos en los brazos del Padre perfectísimo.

Por eso aquel bendito niño que tuvo la gracia de ser abrazado por Jesús lo podía representar con toda dignidad, si fuera recibido en su nombre. Si bien que no sólo eso. Representaría tam-

bién al Padre, pues cuando alguien confía por entero en Dios se hace uno con Él.

Los santos, aunque ya hubieran alcanzado una edad digna de veneración, son espiritualmente como el niño de nuestro Evangelio, por haber depositado sus esperanzas en el Señor con la sencillez de un muchacho inocente. Y el pueblo de Dios los recibe con admiración, entusiasmo y ternura al percibir que quien acoge a uno de ellos en el fondo acoge al Hijo y al Padre.

Jesús con lo niños - Catedral de San Muiredach, Ballina (Irlanda)

III – El camino más seguro al Cielo

El Evangelio de este vigésimo quinto domingo del Tiempo Ordinario constituye un enorme desafío para cada fiel. Las enseñanzas del divino Maestro, en palabras y gestos, nos indican el camino de la inocencia y de la humildad como vía privilegiada para acceder al Paraíso celestial. Sin embargo, hacernos como niños, sin pretensiones y del todo serviciales, puede parecer un ideal cándido y fácil, pero no lo es.

El orgullo tiene tal dinamismo y está tan arraigado en el corazón humano que sólo la gracia de Dios puede extirparlo. ¿Y qué decir de la tendencia a conformar nuestro modo de pensar con la opinión mundana dominante? Se hace necesario, por tanto, rezar con insistencia y tenacidad, suplicando a María Santísima su potente intercesión a fin de que seamos liberados de las malas inclinaciones que nos esclavizan a nuestros propios caprichos y a los desatinos de este mundo.

Además, una importante virtud —la cual le faltaba a los Apóstoles y escasea en los medios católicos actuales— se presenta como el antídoto de la mediocridad y, en consecuencia, del orgullo. Se trata de la esperanza.

Los discípulos se encontraban bajo la influencia de cierto ateísmo práctico que se respiraba entre los judíos de aquel tiempo a causa de los efluvios maléficos esparcidos por los saduceos y los fariseos. La expectativa de la Redención se había falseado con una imagen terrena y política del futuro Mesías, que no correspondía a los verdaderos anhelos de Israel. Ante todo, el pueblo elegido precisaba de una salvación espiritual, que lo purificara de sus pecados y le abriera las puertas de una vida sin fin, celestial y angélica. Pero las élites rechazaban esa visión, sedientas como lo estaban de poder y de deleites. No poseían, pues, la indispensable virtud de la esperanza.

Para romper tal influjo, en primer lugar Nuestro Señor les revela a los Apóstoles su Pasión, Muerte y Resurrección. Panorama más sobrenatural que este era imposible. No obstante, retraídos y tediosos, guardan silencio. Entonces el divino Maestro les habla de la humildad, exhortándolos a que se hicieran pequeños como el niño al que había abrazado.

Si hubieran abierto su corazón a la perspectiva de la eternidad, habrían sido más humildes y generosos, porque para conquistar un premio tan sublime como el Cielo cualquier sacrificio o renuncia parece pequeño. Tanto más que Nuestro Señor les había prometido, a los que se humillaran, ser exaltados hasta los tronos de los ángeles.

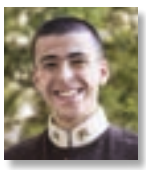
Resulta difícil ser humilde si no se vive con intensidad y alegría en la esperanza de la gloria definitiva. Por otra parte, sólo los humildes encuentran la llave del verdadero éxito para sus vidas y tienen abiertas ante sí las puertas de la eternidad feliz.

Que la Santísima Virgen María, abismo de humildad y Madre de la Esperanza, nos asista y guíe a fin de que, viviendo más para el Cielo que para esta tierra, seamos mansos y humildes de corazón como su Hijo. Así pues, derrotadas las insidias del demonio y de sus secuaces, podremos alcanzar, victoriosos, la meta excelsa que se nos propone: el Cielo. ✧

Sólo los humildes encuentran la llave del verdadero éxito para sus vidas y tienen abiertas ante sí las puertas de la eternidad feliz

Una pandemia de siete mil años

Dado que el hombre está compuesto de cuerpo y alma, más nocivos que los males que afectan a los cuerpos son los que dañan a las almas. ¡Cuán a menudo nos olvidamos de esta realidad!



Thiago Resende Barbosa

Desde hace casi dos años la humanidad viene siendo azotada por un nuevo virus. En consecuencia, la preocupación por la salud está altamente en boga en nuestros días, hasta el punto de que muchos tratan de informarse acerca de las enfermedades más recientes, así como de los medios para prevenirlas.

Sin embargo, no pocas veces nos olvidamos de que mucho más nocivos que los males que afectan al cuerpo son aquellos que dañan al alma, pues mientras los primeros pueden llevarnos a la muerte temporal, los otros nos conducen a la perdición eterna.

Una enfermedad milenaria

Tras la caída de nuestros primeros padres —que muchos consideran que ocurrió hace cerca de siete mil años—, el hombre se vio gravemente perjudicado en su integridad, sea física, sea espiritual. De hecho, la intemperancia de las pasiones y la inclinación hacia el mal, presentes ahora en todos los habitantes de este valle de lágrimas, no existían en el alma de Adán y de Eva antes del pecado original.

A partir de entonces, una enfermedad, a menudo olvidada, comenzó a asolar a la humanidad: la *presunción* o *pretensión*. Por su gravedad y amplitud, bien se la puede considerar como una auténtica pandemia… espiritual.

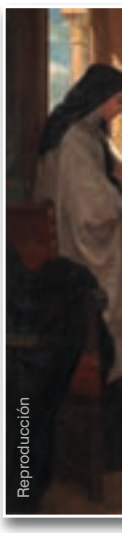
¿Qué es la pretensión?

En sentido lato, *pretensión* es la «acción de pretender» —querer ser o conseguir algo— y su «efecto», la cosa que se pretende. Ahora bien, en ambos casos se distinguen dos clases de propósitos para lograr tal fin.

Una primera significación sería positiva, es decir, la legítima actitud de un individuo que, tras medir sus cualidades, aspira alcanzar un objetivo proporcionado consigo mismo y que para ello aplica los medios adecuados. Por ejemplo, un estudiante de Medicina tendría el derecho de *pretender* ejercer la profesión y convertirse en un médico experimentado y de éxito.

Pero en correspondencia con la segunda acepción de «pretender», ese término es visto, en general, de

Edal Anton Lefterov (CC by-sa 3.0)



Reproducción

Mosaico de la predicación de San Pablo en Berea, Vería (Grecia)

forma negativa e incluso peyorativa —de donde se deriva la *presunción*. ¿Por qué?

El vicio de la presunción

Al contrario de lo que les podía parecer a algunos, el vicio de la presunción no está vinculado a la prosperidad económica. El rico no tiene porqué ser necesariamente presuntuoso y para ser presuntuoso no hace falta ser rico… Un ejemplo de esto lo encontramos en San Lázaro, el amigo del Señor, del cual dice la tradición que se trataba de un hombre con muchas posesiones.

Tampoco se confunde con el deseo de perfección y de grandeza, siempre que éstas se ajusten a la realidad.

La raíz de la presunción se halla en el orgullo, fruto del desarreglo interior del hombre, por el cual sus deseos a menudo tienden a objetivos que no le competen o no están a su alcance. Como resultado, pasa a vivir una realidad imaginaria con la que busca iludirse a sí mismo o a los demás. He aquí al presuntuoso, en la fuerza del término.

Hay casos en los que el presuntuoso posee de hecho ciertas habilidades o dotes, pero las exagera hasta extremos que ya no son los reales y empieza a anhelar ávidamente una realización que no le corresponde.

Luego, ¿cómo desear ser grande sin caer en esas exageraciones?

Magnanimidad, humildad y presunción

Tratando sobre la fortaleza, Santo Tomás de Aquino enumera la magnanimidad como una de sus virtudes anexas. Esta última es precisamente la que «pone a los grandes honores un modo racional»,[1] es decir, la que le proporciona al hombre el desear cosas admirables sin caer, no obstante, en el vicio de la presunción ni en el de la pusilanimidad.

En efecto, se peca por exageración o por defecto. La presunción es el desvío por exceso,[2] mientras que la pusilanimidad lo es por carencia, porque «así como por la presunción uno sobrepasa la medida de su capacidad al pretender más de lo que puede, así también el pusilánime falla en esa medida de su capacidad al rehusar tender a lo que es proporcionado a sus posibilidades».[3]

> *También los santos aspiraron a grandes metas; en cambio, las cumplían para mayor gloria de Dios, sin deseo alguno de realización personal*

Por lo tanto, una actitud humilde y sin pretensiones no consiste en rechazar toda y cualquier aspiración, sino en desear lo que le es debido, *según la voluntad de Dios*.

En este sentido, la vida de los santos nos da una continua lección. A fin de cuentas, ¿cómo negaríamos que figuras como San Pablo, San Bernardo, Santa Teresa y otras muchas hayan aspirado, con éxito, a grandes metas? En cambio, lo que hacía que sus obras no solamente fueran lícitas, sino plenas de mérito era que las cumplían para mayor gloria de Dios, sin deseo alguno de realización personal. Ese es el termómetro de la presunción.

De manera que si ambiciono lo fausto para mí, sin duda la fiebre de la presunción ha comenzado a provocar sus delirios en mi interior. No obstante, si aspiro a realizaciones —incluso desmesuradamente grandes— para gloria de Dios, no es la fiebre, sino el

Reproducción

A la izquierda, primer milagro realizado por Santa Teresa de Jesús, resucitando a su sobrino, por Luis de Madrazo - Museo del Prado, Madrid; a la derecha, San Bernardo predica la Segunda Cruzada en Vézelay, por Émile Signol - Palacio de Versalles (Francia)

fuego del amor divino lo que abrasa mi alma.

Ahora bien, ¿cómo puedo reconocer si lo que me mueve a hacer algo es caridad o amor propio? ¿Cómo sé si actúo presuntuosa o modestamente?

Los síntomas de la presunción

En las enfermedades naturales, la percepción de sus síntomas nos proporciona una noción bien exacta de los males que afectan al cuerpo. En las enfermedades sobrenaturales, eso también nos es de gran valor.

Con base en su experiencia en la dirección de almas, el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira «diagnosticó», en una conferencia realizada en 1969,[4] algunos «síntomas» de la presunción, a fin de facilitarles a sus seguidores el discernimiento acerca de la existencia de ese vicio en sí mismos.

Aunque puedan concurrir otros síntomas no enumerados aquí o algunos de ellos sean reconocidos en más de una enfermedad sobrenatural, la constatación de todos le facilitará al lector tener una noción clara del grado de desarrollo de la «enfermedad».

La agitación

«La agitación no sólo es producida por la presunción, sino que ésta produce siempre la primera», explica el Dr. Plinio.

Cuando un individuo tiene el mencionado vicio, trata de imponer —tanto a él como a los otros— un elevado concepto de sí mismo. Y como resultado del esfuerzo de causar buena impresión, queda tenso y agitado.

Imaginemos, por ejemplo, a un orador que antes de dar una conferencia empieza a sentir una extraña ansiedad. ¿No será ésta el fruto de cierta vanidad oculta, que ansía realizarse en una gloria infundada? Es algo a cuestionarse…

Por el contrario, el alma sin pretensiones sabe medirse: es aquello que es, con sus cualidades y limitaciones, y al respecto «ni se avergüenza, ni se molesta». Tal actitud interior genera una enorme estabilidad.

La inquietud

El segundo síntoma es la inquietud.

Uno podría objetar: ¿eso no es lo mismo que la agitación? No. Si una persona gana una gran fortuna en la lotería es posible que se agite. Estaría muy contenta con lo ocurrido, llegando quizá a perder el control de sus primeras reacciones tras oír la noticia. Sin embargo, ¿alguien diría acaso que está inquieta? El Dr. Plinio cree que no, porque la inquietud siempre se produce por medio de un temor.

Como el presuntuoso tiene recelo de no conseguir realizar sus objetivos o no escenificar bien su seudorealidad, se aflige ante tan difícil tarea. Además, por el hecho de no contentarse nunca con la gloria recibida, aunque alcance determinado resultado, enseguida deseará obtener el doble. Como, no obstante, percibe instintivamente que hay mucho riesgo de no llegar a eso, se inquieta.

En síntesis, mientras que la agitación proviene del deseo de aparentar ser más de lo que se es, la inquietud surge cuando ese objetivo parece muy difícil de ser alcanzado, haciéndose inminente el fracaso.

Por otro lado, el alma modesta, sin pretensiones, experimenta en sí una gran serenidad, porque sabe que todo ser humano es contingente por naturaleza y que, sin el auxilio divino, sus obras nunca resultarán tan perfectas como desearía. En consecuencia, hace todo lo que está a su alcance, pero sin aflicción. Lo que no sea posible para sí, lo será para su Señor, pues a fin de cuentas «Dios lo puede todo» (Mt 19, 26).

La irritabilidad

El tercer síntoma de la presunción es la irritabilidad.

De la misma forma que el presuntuoso se inquieta ante la posibilidad de que no le otorguen el debido valor a su falsa imagen, cuando se da cuenta de que sus proyectos de realización han sido manchados, aun levemente, tiende a irritarse ante ese fracaso.

Imaginemos a un individuo que juzga poseer una belleza que no se corresponde con la realidad. Cuando oye una crítica a su apariencia, se irrita profundamente con ese interlocutor poco delicado.

Pensemos, por otra parte, en alguien que se considera el mejor atleta de su ciudad. Si honran a otro deportista en su presencia, se irritará fácilmente. El Dr. Plinio imagina, no sin cierta jocosidad, lo que pasaría por la mente de alguien así: «¡Cómo pueden elogiarlo delante de mí, que soy

El presuntuoso se inquieta ante la posibilidad de que no le otorguen el debido valor a la falsa imagen que ha creado de sí mismo

Alegoría de la vanidad, por Pietro Cándido

Reproducción

el astro y el fénix de los atletas! ¡Cómo osan alabar a ese, que no es sino una gota de agua ante el mar que soy yo!».

¿Por qué esa irritación? En su alma la fiebre de la presunción tiende a causar delirios de cólera.

Si, por el contrario, la brisa suave de la modestia murmura en su interior, sabrá no irritarse delante de los ultrajes, los cuales siempre serán inferiores a los sufridos, injustamente, por el Redentor en su Pasión. Por eso, a semejanza del divino Maestro, el discípulo fiel se volverá «manso y humilde de corazón» (Mt 11, 29). Es afable.

La desconfianza

«La persona que esconde algo siempre desconfía», observa el Dr. Plinio. El presuntuoso oculta su falta de valor; por tanto, al temer que los demás perciban su farsa, desconfía de todo y de todos.

Se parece a un hombre que, por defecto de nacimiento, poseyera únicamente una oreja. Para remediar tal situación, encarga una oreja de silicona tan bien conseguida que se acerca bastante a la natural. Sin embargo, bastaría que alguien se fijara detenidamente en él para que, *ipso facto*, se pusiera a desconfiar de que le estaban mirando la oreja postiza. Lo mismo sucede con el que crea para sí la máscara de la presunción.

Pero el que vive sin esa máscara deja de estar continuamente preocupado consigo mismo y, de manera perspicaz, aprende a analizarlo todo con distancia, frialdad, tranquilidad y sin sobresaltos.

El frenesí

El quinto síntoma es el frenesí.

El Dr. Plinio en la década de 1970

> *La persona sin pretensiones hace todo lo que está a su alcance, pero sin aflicción. Lo que no sea posible para sí, lo será para su Señor*

El presuntuoso quiere ganar y, en su «estadio interior», continuamente está alimentado por los vítores del triunfo. En su frenética pasión, en su exagerada afición, no se contenta con los resultados alcanzados, sino que siempre quiere aumentar su gloria y su prestigio: los desea duplicados, triplicados… hasta el infinito.

Imaginemos a una persona que le guste, por ejemplo, ser considerada como alguien de conversación entretenida. Supongamos que, por medio de un esfuerzo descomunal, repitiendo cosas que ha oído de otros e imitando a terceros —una porción de «orejas de silicona»—, logra alcanzar un resultado muy superior a su natural. No se contentará y enseguida querrá conseguir mucho más. Resultado: vivirá en un estado permanente de frenesí.

Sin embargo, nadie será mejor o peor por actuar frenéticamente con mayor o menor intensidad. Se trata más de un sentimiento irracional que de un medio lógico de alcanzar un fin.

Al contrario, el que confía y tiene fe llegará a mover montañas (cf. Mt 17, 20). En resumen, la persona sin pretensiones no tiene accesos de frenesí; reza.

La solución

He aquí los síntomas más relevantes de la presunción y, en consecuencia, de la modestia. Su elenco no está hecho en un orden cronológico, quizá porque esa «enfermedad» es muy variada en cada «paciente».

Por otra parte, casi siempre un síntoma vendrá acompañado del otro, de manera que en el orden práctico son difícilmente separables.

No obstante, si el lector constata la existencia de alguno de ellos en su alma, no se desespere. Antes bien, aumente su confianza en aquel que no vino «a llamar a justos, sino a pecadores» (Mt 9, 13) y pídale, por intercesión de su Santísima Madre, que lo libre de esa enfermedad, seguro de que, por mucho que tarde, un día la curación vendrá. ✧

---

[1] SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. II-II, q. 129, a. 3.

[2] Cf. Ídem, q. 130, a. 2.

[3] Ídem, q. 133, a. 1.

[4] Cf. CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 11/3/1969.

El oratorio «Ordo Virtutum» de Santa Hildegarda de Bingen

¡La melodía del combate!

La terrible batalla que todo hombre debe librar por su salvación fue considerada por algunos como un arduo desafío, por otros como una gran prueba. Santa Hildegarda la convirtió ¡en un sublime oratorio!

Hna. Diana Milena Devia Burbano, EP

olmjasper.com

A lo largo de la Historia numerosos poetas, escritores y maestros dedicaron su tiempo a expresar, a través del arte, diversos aspectos de la vida humana, la cual, siendo esencialmente una gran lucha (cf. Job 7, 1), posee incontables y atrayentes matices.

En el siglo XII, Santa Hildegarda de Bingen —abadesa, mística, científica, escritora e incluso amante de la música— logró, con mucha sensibilidad y piedad cristiana, colocar en acordes los misterios del enardecido combate librado entre Dios y el demonio en el misterioso campo de batalla del corazón humano.

Íntima relación de la música con la vida sobrenatural

Mucho se ha comentado sobre Santa Hildegarda a lo largo de la Historia, principalmente después de que el Papa Benedicto XVI la elevara a la categoría de doctora de la Iglesia, en octubre de 2012. Sus escritos, objeto de incesantes estudios, hoy en día son accesibles ampliamente en varias páginas de internet.

En ellos la mística alemana afirma que la voz de Adán, cuando todavía era inocente, estaba «en gran armonía con las voces angélicas que alaban a Dios».[1] Sin embargo, con la pérdida del estado de gracia se vio privado de esa capacidad y se desvaneció la melodía celestial que inundaba su interior. El Creador decidió entonces tocar los corazones de ciertos hombres en el transcurso de los siglos y derramar sobre ellos el espíritu profético, por el cual les daría algo de la capacidad musical que nuestro primer padre había perdido.

Para Hildegarda la música tiene una íntima relación con la vida sobrenatural del alma y su misión con Dios

Para Hildegarda, por tanto, la música tiene una íntima relación con la vida sobrenatural del alma y su misión con Dios.

De la vasta obra dejada por la santa, vamos a prestarle atención a la pieza musical titulada *Ordo Virtutum*. Y para ello le invitamos, querido lector, a pesquisar los audios de este verdadero tesoro de la música y del drama sacro, no sólo para que se deleite con sus suaves e inocentes melodías, sino también para que, al escucharlas, pueda comprender en profundidad la espiritualidad de su autora y participar de las gracias propias a la Edad Media, en particu-

lar de su equilibrio en la lucha contra el mal.

Obra basada en una revelación mística

El *Ordo Virtutum* es la primera versión medieval del oratorio como género musical, además de ser el único drama de la época del cual aún conocemos la melodía en su originalidad y la procedencia de su composición.

La pieza musical fue escrita bajo inspiración divina, como la propia Hildegarda narra en el último capítulo de su libro *Scivias*, al contemplar y oír, en una visión mística, algo a la manera de síntesis de toda su obra trasladada a varios géneros de música, ejecutados por los que gozan de la bienaventuranza en el Cielo.

En esa misma manifestación sobrenatural la santa también escuchó las lamentaciones de quienes se alejaban de esas alabanzas de alegría y vio a las virtudes cristianas, revestidas parabólicamente de personalidad propia, exhortándolos al combate y a la resistencia contra los artificios del demonio.[2]

Esas realidades sobrenaturales le fueron reveladas místicamente por algo «similar a la voz de una multitud que armoniosamente canta una sinfonía».[3]

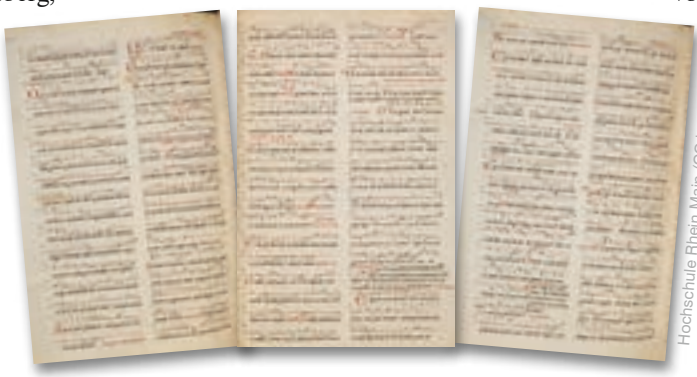
En 1152, probablemente, se dio la escenificación del *Ordo Virtutum*, como parte de las conmemoraciones con ocasión de la consagración del monasterio de Rupertsberg, una de las fundaciones de la santa doctora, a orillas del Rin.

Los personajes

Escrita en latín, la pieza narra el combate de un alma en busca de la salvación eterna. Como personajes principales se encuentran las virtudes, las cuales la ayudan durante la batalla: la humildad, reina de las virtudes; la caridad, el temor de Dios, la obediencia, la fe y la esperanza; la castidad, con quien se enfrenta Satanás numerosas veces; la inocencia, el desprecio del mundo y la virginidad; el amor celestial, la disciplina y el pudor; la misericordia, la discreción, la paciencia; y, finalmente, la victoria, «la dulcísima combatiente».[4] Otro personaje presente es el demonio, cuya siniestra actuación consiste, obviamente, en contrariar la acción de las virtudes.

Ya en la melodía inicial de la pieza los oyentes son transportados rápidamente a los tiempos del Antiguo Testamento, cuando los patriarcas y los profetas cantan: «¿Quiénes son estas que parecen nubes?». Entonces las virtudes entran en escena declarando que resplandecen gracias a la luz del Verbo de Dios que en ellas brilla.

> *Las armonías beligerantes de las respuestas de las virtudes al demonio manifiestan la atmósfera de lucha en que se encuentran*



Hochschule Rhein Main (CC by-sa 4.0)

Partitura del «Ordo Virtutum», Códex de Wiesbaden - Biblioteca Estatal de Hesse, Wiesbaden (Alemania). En la página anterior, Santa Hildegarda de Bingen - Iglesia de Nuestra Señora de las Montañas, Georgia (EE. UU.)

El drama comienza con el alma feliz admirando la inocencia que la reviste, deseosa de ir al Cielo y conviviendo en perfecta armonía con las virtudes.

La sinfonia de un combate espiritual

Las melodías pretenden expresar las cualidades de las virtudes, dejándonos vislumbrar algo de la esfera sobrenatural de cada una. Así, por ejemplo, son muy calmas y envolventes las notas con las que la caridad canta: «Yo, la caridad, flor amable. Venid a mí, virtudes; os conduciré a la cándida luz del retoño en flor». Ahora bien, esa suavidad contrasta nítidamente con los tonos agudos y los difíciles intervalos utilizados por la victoria cuando declara ser «la luchadora más fuerte y veloz», que «pisotea a la antigua serpiente». También las armonías beligerantes con que las virtudes responden a las cínicas intervenciones del demonio manifiestan con claridad la atmósfera de lucha en que se encuentran.

En cierto momento, el tentador se presenta al alma feliz, a fin de seducirla y apartarla del camino del bien… Al darse cuenta del duro combate que le espera en esta vida, el alma se lamenta y canta con pesar: «Oh dura fatiga, oh pesada carga que he de soportar…». Y, finalmente, exclama: «No sé qué hacer ni adónde huir». Con el objetivo de animarla en medio de los ardores de la concupiscencia, las virtudes reiteran sus amonestaciones, llenando con armónicas composiciones la primera escena del acto.

No obstante, enseguida un seco «*Euge! Euge!*» —icarente de toda melodía!— vuelve de nuevo para atormentar al alma: «¡Loca! ¡Loca! ¿De qué te sir-

ve tanto esfuerzo? Mira hacia el mundo que te abrazará con grandes honores». En su obra, Santa Hildegarda niega al tentador el privilegio de la música, pues, según una revelación que había recibido de Dios, Lucifer perdió su don musical al precipitarse desde Cielo. De modo que a lo largo de todo el combate que el alma y las virtudes libran contra Satanás, éste se manifiesta en sencillos discursos estrepitosos, lo que le confiere una nota repugnante y odiosa, auténtico reflejo de su actual estado.

En la continuación de la pieza, comienzan a debatirse la inteligencia y la concupiscencia: la primera, iluminada por la fe, indica el camino de la vida, pero el corazón, obcecado por las promesas del maligno, tiende hacia las vías de la perdición. «Dios creó el mundo y no lo ofendo si quiero disfrutarlo», afirma el alma con ingenuidad, mientras con soberbia declara Satanás: «¿A qué tanto temor? ¿Y de qué tanto amor? Le daré todo a quien quiera seguirme y hacer mi voluntad».

La inestabilidad del corazón humano acaba llevando al alma a seguir las sendas de Satanás… Las virtudes lloran, en una de las más punzantes melodías del oratorio, la pérdida de la inocencia de quien tanto amaban: «¡Oh, voz que llora, este es el máximo dolor! ¡Ay, ay!, nosotras, virtudes, gemimos y lloramos, porque la oveja del Señor se aparta de la vida». No obstante, en vez de recriminarla por sus faltas procuran atraerla cariñosamente: «Ven, oh fugitiva, ven a nosotras y Dios te aceptará. No temas ni huyas, porque el Buen Pastor busca en ti a su oveja perdida». Mientras tanto la humildad le declara: «¡Pobre hija! Quiero abrazarte, porque el gran Médico sufrió por ti duras y amargas heridas».

Historia de una hija espiritual

Hay quien interpreta el desarrollo del *Ordo Virtutum* como la historia de Richardis, una de las religiosas formadas por Santa Hildegarda y profundamente amada por ella, que en torno al año 1151 decidió abandonarla…

Santa Hildegarda con sus religiosas, iluminación de la enciclopedia «Omne Bonum», de James le Palmer - Biblioteca Británica, Londres

La triste lamentación de las virtudes, en el «Ordo Virtutum», bien describe el sufrimiento de la santa abadesa con la deserción de su discípula amada

En efecto, Richardis von Stade, hija de la marquesa de Stade y hermana de Hartwig, arzobispo de Bremen, había ocupado un papel fundamental en la vida de la santa abadesa, ayudándola activamente en la trascripción del *Scivias* y en la fundación del monasterio de Rupertsberg. Santa Hildegarda se había aficionado a la joven religiosa con un amor todo sobrenatural, según le declaró, años después, al arzobispo de Bremen: «Mi corazón estaba lleno de amor por ella, como me enseñó la Luz viva en una visión muy clara».[5]

Una fatalidad, no obstante, acabó por separar a estas dos almas, cuando Hartwig —movido, quizá, por deseos mundanos— orquestó la elección de Richardis como abadesa del convento de Bassum, en Sajonia.

A pesar de los reiterados esfuerzos de Santa Hildegarda, Richardis se dejó seducir por el prestigio del cargo que le era ofrecido y, a semejanza del alma infeliz del *Ordo Virtutum*, decidió abandonar la vía de la santidad al lado de su maestra para seguir su propio camino.

En vano Santa Hildegarda le escribió al arzobispo y a la madre de éste para impedir la partida de Richardis, como también intentó, sin éxito, convencer a la monja de lo providencial de su misión junto a ella: «Óyeme, hija, a mí, tu madre, que te habla en el espíritu. Mi pesar sube a los Cielos. Mi dolor está destruyendo la gran confianza y consuelo que otrora tuve en la humanidad. […] Nuevamente te digo: ¡Ay de mí, madre! ¡Ay de mí, oh hija mía! ¿Por qué me olvidaste, como una huérfana?».[6]

Al no ver otra salida, llegó a pedir la intervención del Romano Pontífice. Pero el Papa Eugenio III no quiso hacer nada en un caso en el que la influencia familiar y la fortuna de los Stade estaban de por medio… Ante la negativa de los poderes eclesiásticos, Santa Hildegarda se vio, finalmente, obligada a permitir la partida de su hija espiritual.

Conversión y muerte de Richardis

La triste lamentación de las virtudes, en el *Ordo Virtutum*, bien puede representar el sufrimiento de la santa abadesa con la deserción de su discípula amada. Un dolor lancinante, impregnado, no obstante, de una nota de esperanza: «Que todos los infelices como yo se lamenten conmigo, to-

dos los que, en el amor de Dios, cultivaron en sus corazones y mentes tanto amor —como el que tuve por ti— por alguien que les fue arrebatado en un instante, como tú lo fuiste de mí. Que el ángel de Dios vaya delante de ti, que el Hijo de Dios te proteja y que su Madre vigile sobre ti. Acuérdate de tu pobre desolada madre —Hildegarda— para que tu felicidad no perezca».[7] Tales palabras, de hecho, poseen verdadera analogía con el modo como, en la pieza musical, las virtudes lloran e invitan a la pobre alma a la conversión, garantizándole que toda la milicia celestial se alegrará con su regreso al redil.

En el caso de Richardis, esa conversión produjo un arrepentimiento tan intenso que la hizo descender a la sepultura un año después de la separación. La narración de su muerte por Hartwig, en una carta a Santa Hildegarda, es sumamente conmovedora: «Conoció el fin de toda carne, habiendo despreciado todos los honores que le procuré. […] Expresó, con lágrimas y de todo corazón, su deseo de volver a tu monasterio y se encomendó al Señor, por intercesión de su Madre y de San Juan. […] Te pido que la ames tanto como ella te amó […] y que tengas consideración por las lágrimas que derramó por tu claustro, delante de muchos testigos. Si la muerte no se lo hubiera impedido, habría regresado a ti tan pronto como obtuviera el permiso».[8]

Por consiguiente, aquello que el demonio había querido romper —el vínculo espiritual entre madre e hija— fue más fuerte y profundo que las promesas de gloria mundana que la embriagarían. Para Richardis la muerte vino, cual bálsamo suave, a enmendar el error que había cometido.

Su conversión se asemeja al regreso del alma infeliz, en el *Ordo Virtutum*, la cual reconoce que los caminos del demonio eran malos y, a pesar de las heridas que la antigua serpiente le había hecho, le pide a las virtudes: «Ayudadme para que, en la sangre del Hijo de Dios, pueda levantarme». Felizmente, tanto Richardis como el alma arrepentida, provistas del «escudo de la Redención» y ayudadas por la Reina de las virtudes, ¡acabaron venciendo al tentador!

¿Cómo estamos en el «Ordo Virtutum» de nuestras vidas?

La fascinante batalla retratada en el *Ordo Virtutum* es, incontestablemente, la realidad de nuestras vidas en este valle de lágrimas. Ahora bien, ¿qué papel representamos en esa lucha? ¿Seremos el alma feliz que, inocente, camina en dirección al Cielo? O, por el contrario, ¿estamos en la lamentable situación del alma infiel, que abandona la compañía de las virtudes para compartir las agruras del Infierno?

Si, por ventura, encajamos en este último caso, ¡no desanimemos ni perdamos el tiempo! Imitemos ya la humildad y sinceridad del alma penitente, que se arrepiente de sus faltas y regresa confiada al regazo de la Santa Iglesia. Dirijamos a la Virgen rogándole que tenga pena de nosotros y nos perdone, purifique y fortalezca en las vías del bien. Así, en compañía de los justos redimidos por la preciosa sangre de Cristo, podremos cantar por toda la eternidad las maravillas de la misericordia divina. ✧

¿Seremos el alma feliz que camina en dirección al Cielo? O, por el contrario, ¿estamos en la lamentable situación del alma infiel?

Reproducción

Ruinas del monasterio de Rupertsberg, demolido en 1857, Bingen am Rhein (Alemania)

[1] SANTA HILDEGARDA DE BINGEN. *Briefwechsel*. Salzburg: Otto Müller, 1965, p. 238.

[2] Cf. SANTA HILDEGARDA DE BINGEN. *Scivias. Sive visionum ac revelationum*. L. III, v. 13: PL 197, 729.

[3] Ídem, ibídem.

[4] Todas las referencias al texto del *Ordo Virtutum* han sido tomadas de: SANTA HILDEGARDA DE BINGEN. *Lieder.* Salzburg: Otto Müller, 1969, p. 308.

[5] SANTA HILDEGARDA DE BINGEN, *Briefwechsel*, op. cit., p. 100.

[6] Ídem, p. 98.

[7] Ídem, ibídem.

[8] Ídem, p. 99.

La firma de Dios en la Creación

Desde hace más de dos siglos, una bella y misericordiosa Reina instaló su palacio en un casi inaccesible desfiladero. ¿Qué misterioso encanto atrae desde allí a miles de peregrinos anualmente?

Mateo Peláez Osorio

Diego Delso (CC by-sa 4.0)

Erigida en el aire y equilibrándose elegantemente entre dos enormes montañas, la basílica de Nuestra Señora de Las Lajas parece desafiar las leyes de la física. En ese lugar el peregrino puede oír las armónicas melodías de una naturaleza recogida, que le invita a contemplar uno de los más sublimes prodigios de la Creación.

Despuntando sobre el lecho de un río, la construcción nos recuerda a las antiguas catedrales medievales edificadas con piedras y coronadas con puntas elevadas hacia el cielo en oración. Las numerosas imágenes de ángeles y santos dispuestas entre las columnas y arbotantes del frontispicio parecen introducirnos en una atmósfera grandiosa y filial, propia al encuentro con una reina.

En su interior, las altas y esbeltas columnas, encimadas por las bóvedas góticas, dibujan un solemne cortejo que conduce al ábside de la iglesia. No obstante, este santuario presenta una peculiaridad, que lo hace más atrayente y misterioso: su presbiterio no está adornado con bellos vitrales o pinturas, sino con la sencillez de las piedras, pues el templo se abriga en la montaña, como sirviendo de moldura a un tesoro escondido en las profundidades de la roca.

¿Por qué la parte principal del suntuoso edificio se revistió de pobreza y oscuridad? ¿Qué llevó a sus constructores a erigirlo en ese inhóspito lugar?

«¡Mamita, vea a esa Señora!»

En 1754, María Mueses de Quiñones, una indígena descendiente de los caciques de Potosí, Colombia, caminaba por los alrededores del corregimiento de Las Lajas, del municipio de Ipiales, cuando se desató una terrible tormenta. Afligida, corrió en busca de abrigo en una peligrosa ladera, cuyas piedras a menudo se desprendían, cayendo precipicio abajo hasta el río, que se volvía cada vez más violento y caudaloso.

Finalmente la pobre india encontró una gruta en el despeñadero, donde se refugió; sin embargo, su aflicción no disminuyó. En aquellos parajes, según se decía, eran habituales ciertas apariciones del demonio, de manera que, si salía de la cueva, corría el riesgo de caer al río, pero si se quedaba allí, podía encontrarse con el espíritu maligno. En esa situación, María suplicó la protección de la Virgen del Rosario, advocación muy popular en la región. Tras formular su oración, sintió que alguien le tocaba la espalda, aunque al girarse hacia atrás, no vio a nadie… Aterrorizada, salió apresuradamente, a pesar de que una misteriosa atracción la invitaba a no abandonar aquel sitio.

Días después María regresó a la cueva, esta vez llevando a la espalda a su hijita Rosa, la cual había nacido sordomuda. Al llega al lugar, se sentó para descansar; apenas se había acomodado cuando la niña —¡muda!— le dice: «¡Mamita! ¡Mamita! Vea a esa señora blanca [mestiza] con un niño [mestizo] en sus brazos». ¡María oía por primera vez la voz de su hija, con lo cual su corazón se llenó de alegría!, pero como no veía a nadie más

allí, al júbilo por el milagro ocurrido le sucedió el temor. Entonces cogió a la niña y se marchó.

Tiempo después, María notó la ausencia de su hija. Por su instinto materno, intuyó dónde podría estar: sin duda ¡había ido a visitar a la «señora blanca»! Corrió apresuradamente en dirección a la cueva y allí encontró a Rosa arrodillada a los pies de la Señora, jugueteando familiarmente con un Niño que se había desprendido de los brazos de su Madre para entretenerse con la chiquilla. Abismada, María cayó de rodillas ¡a fin de contemplar a la Reina de los Cielos! De regreso a su casa, prefirió guardar silencio al respecto, pues recelaba el desprecio de vecinos y parientes.

Madre e hija empezaron a visitar diariamente aquel lugar, ofreciendo a la Señora flores silvestres que recogían por el camino y velas artesanales.

Maternal manifestación, rodeada de prodigios

Esta piadosa costumbre había pasado inadvertida para los demás hasta que un día Rosa enfermó gravemente y murió. María lloraba desconsolada, porque acababa de perder al único fruto de su matrimonio, así como el apoyo de su viudez. No obstante, resuelta y llena de fe, decidió recoger el cuerpo sin vida de su hija y dirigirse a la cueva de la «señora blanca». Al llegar allí, depositó el cadáver a los pies de la Reina del Cielo y, recordándole todas las velas y flores con las que Rosa y ella misma la ornaban, le pidió la resurrección de su hija. La Virgen, conmovida con las súplicas al mismo tiempo maternas y filiales de María, le devolvió la vida a la niña.

Con gran emoción y alegría, la indígena y su hija salieron corriendo hasta el pueblo de Ipiales para anunciar lo sucedido. Ya era entrada la noche cuando llegaron allí, y las campanas de la iglesia parroquial empezaron a tocar milagrosamente. Curiosos, los fieles fueron acercándose al pequeño templo y, una vez reunida la multitud, oyeron el relato de María, mientras constataban que la niña, antes muerta, estaba allí con vida. El párroco, el P. Gabriel Villafuerte, le advirtió severamente a María de que si se trataba de un engaño, sería arrojada al río sin piedad…

Días después se organizó una peregrinación desde Ipiales hasta la cueva, distante 7 km. Los fieles llegaron al lugar con los primeros rayos del sol; sin embargo, de la cueva salían luces de una extraordinaria belleza, aún más fulgurantes que las del astro rey. Ya no cabía ninguna duda, pues todos pudieron contemplar extasiados el milagro: la pintura de la Virgen había aparecido impresa en la roca tal como está descrita en el Libro del Apocalipsis: «Una mujer vestida del sol, y la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre su cabeza» (12, 1). Sujetaba el Rosario en la mano derecha y al Niño en la izquierda y estaba flanqueada por otros dos «mestizos», que la tradición identifica como San Francisco y Santo Domingo. Era el 15 de septiembre de 1754.

Escultura de María y su hija Rosa. En la página anterior: Santuario de Las Lajas, Ipiales (Colombia)

«¡Mamita! Vea a esa señora blanca con un niño en sus brazos». María oía por primera vez la voz de su hija…

La firma de Dios en la Creación

Al contemplar la Creación, vemos que el Padre quiso grabar una marca indeleble de su Hijo en sus obras: «En Él fueron creadas todas las cosas: celestes y terrestres, visibles e invisibles. […] Todo fue creado por Él y para Él» (Col 1, 16). Sin embargo, el divino Artífice no podría dejar de asociar a tal plan a la más perfecta de sus criaturas, pues, si todo fue hecho a imagen del Hijo, éste vino al mundo por medio de la Virgen: «Fue Ella quien lo amamantó, alimentó, mantuvo, crio y sacrificó por nosotros».[1]

De este modo, así como «la Encarnación de la segunda Persona de la Santísima Trinidad y la creación de María constituyen un único e indisociable designio en la mente de Dios»,[2] también podemos considerar al conjunto de la Creación como la obra maestra del Altísimo hecha a imagen de Jesús y de María.

Ahora bien, si los pintores suelen firmar sus cuadros, ¿no habrá deseado el Señor plasmar su huella en semejante obra? En ese sentido, analizando la imagen de Nuestra Señora de Las Lajas grabada en la piedra, el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira comentó que ese era «el punto del universo donde Dios firmó, como un artista, su obra. Y la firmó con la figura de su Madre».[3] No podría ser de otra

manera: Dios coronó la Creación con una marca marial.

Algunos misterios de una singular pintura

Esa elevada analogía se ve reflejada en la misteriosa naturaleza de la propia pintura. Recientes estudios y perforaciones hechas en la piedra muestran que la imagen está impresa de tal modo que sus formas y colores penetran en el interior de la roca. Es decir, si extrajéramos una fina capa de la pintura encontraríamos detrás la misma imagen. Además de esto, lleva expuesta a la intemperie desde hace más de ciento cincuenta años sin haber sufrido ningún deterioro.

Un hecho pintoresco ilustra este milagro permanente. En cierta ocasión algunos devotos locales, movidos por una imprudente preocupación filial, decidieron lavar la pintura con cepillo y jabón a fin de «preservarla». Tan pronto como el párroco se enteró del intento fue corriendo hasta el lugar, pero ya era demasiado tarde. La limpieza había terminado exitosamente y la imagen… ¡estaba intacta!

Hay también otros misterios que envuelven a esta representación de la Santísima Virgen y que el paso de los siglos se ha encargado de aumentar. En las fotografías antiguas se puede ver al Espíritu Santo grabado en la parte superior de la pintura; no obstante, ese detalle ha ido desapareciendo a lo largo del tiempo, sin que se sepa el motivo.[4] De igual manera, una fuente de agua que brotaba milagrosamente a los pies de la pintura ya no se encuentra allí hoy día. Algunas voces populares mencionan profecías y palabras dichas por la Virgen, pero ninguna de ellas ha llegado hasta nosotros…[5]

Tras la aparición de la imagen, el lugar se convirtió en un punto de referencia para las almas piadosas en busca de auxilio sobrenatural

Interior del santuario de Nuestra Señora de Las Lajas, Ipiales (Colombia)

Construcción de una iglesia «flotante» para Nuestra Señora

Tras la aparición de la imagen, el lugar se convirtió en un punto de referencia para las almas piadosas en busca de auxilio sobrenatural; y las gracias allí recibidas se han ido multiplicando. Entonces se edificó una humilde capilla, que pronto dio lugar a una iglesia; pero el número cada vez más grande de devotos hizo necesaria la construcción de un tercer templo.

En 1896 llegó a aquella diócesis, cuya sede se encontraba en la ciudad de Pasto, el prelado español Ezequiel Moreno y Díaz,[6] cuyo episcopado estuvo marcado por la defensa de la Iglesia contra el liberalismo y por la edificación de una iglesia a la altura de Nuestra Señora y de la creciente afluencia de peregrinos.

En enero de 1916 se inició la construcción del actual edificio neogótico, cuyo arquitecto, valiéndose de simples campesinos que poco sabían de construcción, logró erigirla «flotando» en un precipicio de la cordillera de los Andes. Infelizmente, a causa de las guerras que asolaron Colombia, el santo obispo no pudo ver terminado el proyecto.

Reflexión, estabilidad, decisión, bondad y firmeza

En ese santuario suyo de Las Lajas, ¿qué lección nos da la Virgen?

---

[1] SAN LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT. *Traité de la vraie dévotion à la Sainte Vierge*, n.º 18.

[2] CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Maria Santíssima, o Paraíso de Deus revelado aos homens*. São Paulo: Arautos do Evangelho, 2020, v. II, p. 57.

[3] CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 25/5/1979.

[4] Cf. LÓPEZ REINA, Javier J. (Ed.). *Las Lajas. La Virgen y la basílica*. Ipiales: AWAQ, 2017, p. 213.

[5] Esto se ve detallado más específicamente en la *Carta pastoral* de San Ezequiel Moreno y Díaz sobre Las Lajas, de 1899: «¿Cuál es la historia de la Virgen de Las Lajas? Hemos preguntado, hemos buscado antecedentes, y lo único que se nos ha contestado ha sido: los hubo, pero manos sacrílegas se los llevaron. Algunos de ellos fueron a parar, no sabemos cómo, a persona conocida que confiesa los tiene; pero hasta

Diariamente presenciamos cómo la vulgaridad toma cuenta de todos los ámbitos de la vida: en la forma de alimentarse, de hablar, de vestirse, de festejar e incluso de saludarse. Vulgaridad esa que rebaja al hombre, haciéndole esclavo de sus pasiones y lo subyuga a la dictadura de los instintos. Al procurar en las criaturas una felicidad que no le pueden dar, cuanto más el ser humano trata de deleitarse con ímpetu de las cosas de la tierra, más encuentra la amargura y el descontento.

Ahora bien, en la imagen de Nuestra Señora de Las Lajas vemos reflejado un espíritu diametralmente opuesto a ese, pues su semblante «es casto, sobrio y elevado. No se trata de un cuerpo que mantiene presa al alma, sino de un alma que brilla dentro del cuerpo como el sol en lo alto de la montaña. […] Ella tiene una mirada profunda, inteligente, de una persona meditativa y recogida. Se nota ahí una estabilidad y una continuidad de temperamento y de voluntad extraordinarias. Es verdaderamente la "Señora de las rocas y de las situaciones". No hay cosa que la sacuda».[7]

Ella nos «invita, sobre todo, a la reflexión, así como a la estabilidad, la decisión, la bondad y la firmeza».[8] Una reflexión seria y profunda de la realidad que nos eleva a la estabilidad de quien confía en la Providencia. Con su bondad maternal y regia, María Santísima nos hace un llamamiento a que nos mantengamos firmes ante las dificultades.

Nuestra Señora de Las Lajas, Ipiales (Colombia)

He ahí el punto del universo donde Dios firmó su obra. No podría ser de otra manera: Dios coronó la Creación con una marca marial

¿Qué pedirle a Nuestra Señora de Las Lajas?

En una de sus cartas pastorales, San Ezequiel Moreno dejó palabras llenas de fuego y entusiasmo dirigidas a Nuestra Señora, muy apropiadas para nuestros días.

«¡María! ¡Madre! ¡Virgen pura, Virgen santa, Virgen inmaculada! Contened la corriente del error y del vicio que se desborda por todas partes. Triunfad de vuestros enemigos y nuestros. Y mientras dura la lucha, ayudad a los que combaten, fortaleced a los desalentados y débiles, consolad a los que sufren, proteged a todos».[9]

Ante esta Reina, cuya realeza ostenta «un carácter de victoria sobre el mal, así como de protección, amparo y estímulo a sus hijos en la lucha contra el demonio, el mundo y la carne»,[10] pidamos, sobre todo, la gracia de ser portadores de su espíritu y de su mentalidad, de manera que nos volvamos como la piedra en la que está grabada la imagen de la Reina del universo. Así pues, junto a la «Señora de las rocas» podremos enfrentar imperturbables y confiados cualquier intemperie, pues nada nos sacudirá. ✧

---

ahora nada ha comunicado y nada de útil y provechoso nos reportan» (SAN EZEQUIEL MORENO Y DÍAZ. Octava carta pastoral. In: *Cartas pastorales, circulares y otros escritos*. Madrid: Hija de Gómez Fuentenebro, 1908, p. 187).

[6] San Ezequiel Moreno y Díaz nació en Alfaro, España. Tras años de luchas por los intereses de la Iglesia en Colombia, le diagnostican un cáncer; y con el objeto de recibir tratamiento de su enfermedad regresa a España, donde fallece el 19 de agosto de 1906. Fue beatificado en 1975 por el Papa Pablo VI y canonizado en 1992 por el Papa Juan Pablo II.

[7] CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 31/7/1978.

[8] Ídem, ibídem.

[9] SAN EZEQUIEL MORENO Y DÍAZ. Decimonovena carta pastoral. In: *Cartas pastorales, circulares y otros escritos*, op. cit., p. 494.

[10] CLÁ DIAS, op. cit., p. 563.

La corte celestial, arquetipo de las realidades terrenas

Para no hundirse en la desesperación, el espíritu humano necesita descansar en cosas dignas y bien ordenadas. Pidámosle a San Rafael Arcángel el deseo de que la tierra se vuelva semejante al Cielo y, así, nos preparemos para el Reino de María y la eterna beatitud.

Plinio Corrêa de Oliveira

San Rafael, por ser uno de los ángeles más eminentes, tiene un sitio privilegiado en nuestra devoción. Por otra parte, el hecho de remitirle las oraciones de los hombres a Dios y, naturalmente, a la Virgen —que intercede también por los ángeles— es un motivo especial para que lo veneremos.

Una de las nociones que se han ido extinguiendo con respecto al culto a los ángeles, que me parece importante recordar, es la de que el Cielo constituye una verdadera corte. Antiguamente se hablaba mucho de corte celestial, lo cual tiene su fundamento en la idea de que Dios, en la Iglesia gloriosa, se presenta ante los ángeles y los santos como un rey frente a su corte.

Lo curioso es que algunas peculiaridades de las cortes de este mundo, por la similitud existente entre las cosas de la tierra y las del Cielo, acaban verificándose también en la corte celestial, la cual constituye una corte en un sentido mucho más literal de la palabra de lo que se podría imaginar.

Padrón para todas las cortes terrenales

Por ejemplo, cuando en las grandes ocasiones el rey quedaba a disposición de sus súbditos para recibir de ellos sus peticiones, los atendía rodeado de los príncipes de la casa real. Las solicitudes se entregaban por escrito, pero el interesado comparecía ante el monarca y podía dirigirle la palabra; un príncipe, una persona de alto rango o alguien allegado al solicitante podía igualmente decir algo. Entonces éste le entregaba a un dignatario un rollo de papel con su pedido, para que el rey lo examinara más tarde; en una mesa contigua se iban amontonando las peticiones, que posteriormente serían despachadas por un consejo especial.

San Rafael conversaría con la Virgen en el Cielo a la manera de San Luis IX con su madre

Blanca de Castilla instruyendo al pequeño Luis
Iglesia de San Martín, Fleurigné (Francia)

Vemos, por tanto, cómo había una especie de jerarquía de funciones, de dignidades, de intercesiones que conducía hasta el rey y, después, procedía de él y llegaba a los particulares. Ese era el mecanismo de una corte.

En la corte celestial existe el mismo protocolo, en resumen, por las mismas razones. Dios, nuestro Señor, no necesita evidentemente de nadie. No obstante, habiendo creado a seres varios era natural que les confiara misiones según una disposición jerárquica y que tales seres poseyeran un brillo, un esplendor, una dignidad en la mansión celestial correspondiente a las tareas que les habían sido encomendadas, tareas que, a su vez, se corresponden a su propia naturaleza.

Así pues, es conforme al orden del universo que los hombres sean regidos por los ángeles y que éstos sean intercesores de aquellos ante Dios. De manera que en el Cielo hay verdaderamente una vida de corte, la cual sirve de padrón para todas las cortes terrenales e indica la necesidad de que en ellas exista

un protocolo, una jerarquía, una variedad de funciones.

Depositar nuestra esperanza en el Cielo, condición para sobrevivir en la tierra

La fiesta de San Rafael nos conduce exactamente a esa idea. Se trata de un intercesor celestial de alto rango, que lleva nuestras oraciones hasta Dios. Es uno de los más elevados espíritus angélicos que lo asisten y, por tanto, uno de los más cercanos para pedir por nosotros, constituyendo canales naturales de las gracias que anhelamos.

Y esta consideración refuerza cada vez más en nosotros el deseo de que las realidades terrenales sean similares a las celestiales. Solamente en la medida en que amamos esas realidades, preparamos nuestras almas para la beatitud eterna. Si, al morir, no tuviéramos esa apetencia, no tendremos apetencia del Cielo.

Por consiguiente, hay algo en el espíritu de jerarquía, de distinción, de nobleza de elevación que corresponde a una verdadera preparación para el Cielo; preparación tanto más deseable cuanto más vamos adentrándonos en un mundo de horror, en que todas las exterioridades con la cuales tomamos contacto son monstruosas, caóticas, desorganizadas.

El espíritu humano necesita, para no hundirse en la desesperación, que uno consiga posar la mirada extenuada y dolorida en algo digno y bien ordenado. No es propio del hombre vivir en el *mare magnum* de cosas que caen, zozobran, se deterioran. En algún sitio necesita depositar su alegría y esperanza.

Sin embargo, de tal manera está desapareciendo de este mundo todo cuanto es digno que si no dirigimos cada vez más nuestro deseo hacia el Cielo no tendremos condiciones psíquicas de supervivencia en la tierra.

Hubo una santa que vio a su ángel de la guarda. Era un ser de una naturaleza tan noble y excelsa que ella se arrodilló para adorarlo, pensando que se trataba del propio Dios. El espíritu celestial tuvo que explicarle quién era. Ahora bien, sabemos que los ángeles de la guarda pertenecen a la jerarquía menos alta del Cielo. En comparación con esto, ¿qué podemos imaginar con respecto a un ángel como San Rafael, de las más elevadas jerarquías?

©Freihalter (CC by-sa 3.0)

Un intercesor de alto rango, que lleva nuestras oraciones a Dios

San Rafael - Iglesia de San Juan Bautista, Yvelines (Francia)

San Luis, rey de Francia y San Rafael, príncipe celestial

Con todo, para no quedarnos en una concepción etérea sobre un puro espíritu, podemos servirnos de una comparación antropomórfica que nos haga degustar mejor esta realidad, imaginando, por ejemplo, a San Rafael tratando con la Santísima Virgen en el Cielo a la manera de San Luis IX, rey de Francia, conviviendo con su madre, Doña Blanca de Castilla.

Se sabe que San Luis era un hombre de alto porte, bien parecido, muy imponente, que, al mismo tiempo, atraía, infundía un respeto profundo y suscitaba un inmenso amor. Poseía la índole de un guerrero terrible a la hora del combate, pero se presentaba como el rey más pomposo y decoroso de su tiempo.

Podemos imaginarnos a este monarca, en el cual traslucían todas las glorias de la santidad y que era un hijo muy amoroso, en los esplendores de la corte de Francia conversando con Blanca de Castilla. ¡Cuánta distinción, cuánta reverencia, cuánta sublimidad en esa escena! Nos da un poco la idea de lo que sería San Rafael al dirigirse a Nuestra Señora. Un rey como San Luis era una especie de ángel en la tierra; San Rafael vagamente puede ser considerado como un San Luis del Cielo. Tan sólo con la diferencia de que San Luis era rey y San Rafael, un príncipe celestial; y Nuestra Señora es Reina a un título más alto que Blanca de Castilla.

Por esta transposición tenemos cierta noción, a la manera humana, de la alegría de la que vamos a estar inundados en el Cielo cuando podamos contemplar a un arcángel como San Rafael y de todo lo que veremos de Dios admirando a este príncipe celestial.

Pidámosle a él la gracia de alcanzar tal contemplación, pero también que algo de ella penetre en nosotros aún en esta vida. Que la consideración de este orden ideal y realmente existente nos conforte con la esperanza del Cielo y del reinado de María, disipando toda la tristeza creciente de estos días en los cuales los castigos previstos por Nuestra Señora de Fátima se van acercando tan rápidamente a nosotros. ✧

Extraído, con adaptaciones, de: *Dr. Plinio*. São Paulo. Año XXII. N.º 258 (set, 2019); pp. 26-29.

Santa Ludmila de Bohemia

Alma férrea y corazón maternal

La patrona del pueblo bohemio refleja en la Historia el brillo de aquella que amó los altísimos designios de Dios hasta el punto de convertirse, para los malos, temible como un ejército en orden de batalla.

Hna. Antonella Ochipinti González, EP

Despunta una fresca mañana de primavera, en los comienzos del siglo X. En breve se iniciaría una sesión de la dieta convocada por el rey de Germania, en la ciudad de Worms.

Todos los ilustres invitados ya se encuentran en el lugar establecido, a la espera del joven duque de Bohemia, Wenceslao. Se intercambian comentarios acerca de su atraso, considerado una falta de deferencia para con el soberano allí presente. A fin de manifestar su unánime desaprobación, los nobles acuerdan que, contra la costumbre, nadie se levantará cuando llegue. Aún pasa un tiempo razonable hasta que se anuncia que, finalmente, está en la puerta. Y tan pronto como va entrando… ¡Todos mudan de opinión! Nada más lo ven, exclaman de admiración, y hasta el propio monarca se yergue de su trono para saludarle.

¿Qué sería lo que le hizo cambiar de actitud tan súbitamente a tan selecta asamblea?

Wenceslao no había ido solo: todos pudieron ver que delante de él iban idos bellísimos ángeles portando una cruz de oro! Atónito, el rey lo invitó a sentarse a su derecha. El duque se disculpó por el atraso y explicó que se debía a su costumbre de asistir a dos Misas todos los días…

Ese hecho encantador es tan sólo uno entre los muchos otros inmortalizados por las leyendas de San Wenceslao, en las cuales contemplamos aspectos de su vida que no caben en los fríos y documentales archivos de la Historia, pero que se encuentran consignados con letras de oro en el multisecular tesoro de la piedad católica.

> *Asumiendo los compromisos cristianos, Ludmila adoptó como ideal de vida propagar la verdadera religión en sus dominios*

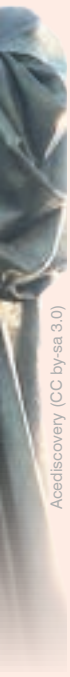
Junto a ese gran monarca, la Iglesia siempre ha venerado otra figura impar del cristianismo del mundo eslavo: Santa Ludmila, su abuela, «la primera perla y, al mismo tiempo, la primera flor arrancada en Bohemia».[1]

Con inquebrantable ánimo, ella preparó para su pueblo, en la persona de su nieto, «no sólo a un rey sabio y prudente, sino también a un convencido promotor del culto eucarístico y del amor al prójimo».[2]

Una conquista de San Metodio

Ludmila nació en torno al año 860, en medio del paganismo de la ciudad de Melník, en la región central de Bohemia. Su familia pertenecía a la más alta dinastía local.

Con 14 años fue entregada en matrimonio a Bořivoj, el primer príncipe del Estado de Přemyslida, formado con la unificación de las tierras que hoy componen la República Che-



Acediscovery (CC by-sa 3.0)

ca. Era la época en que el gran apóstol de los eslavos, San Metodio, ponía todo su empeño en la evangelización de la región. Bořivoj encantado con la fe católica, tuvo el honor y el mérito de ser el primer gobernante checo que recibió las aguas del Bautismo. También su joven esposa quiso ser bautizada, asumiendo los compromisos cristianos de manera tan sincera y profunda que adoptó como ideal de vida, junto con su marido, propagar la verdadera religión en sus dominios.

No fue una tarea sencilla, pero, impulsados por el fuego de la fe, ningún obstáculo los detuvo. Promovieron misiones de monjes para que les predicaran a la población y la incentivaran a la vida de piedad, emprendiendo para ello la construcción de la primera iglesia en Bohemia, dedicada a San Clemente.

Poco a poco los frutos de su apostolado se multiplicaron y, con ellos, sobrevinieron también persecuciones, signo característico de que se está recorriendo el camino del Señor. La noble pareja llegó a ser desterrada, debido a la acción de personas influyentes en la corte aún aferradas a la idolatría. Ahora bien, no hay nada más alentador para un apóstol que la saña del enemigo, que con ello demuestra estar perdiendo terreno…

No pasó mucho tiempo y Santa Ludmila y su esposo consiguieron retomar el trono y, con él, su impulso en pro de la expansión del catolicismo.

Sagacidad en la educación de su nieto

Cuando una fortaleza se muestra inexpugnable, el método más eficaz de conquistarla es penetrar discretamente en su interior y, desde dentro, comenzar la destrucción… Esa fue la táctica que el demonio usó para tratar de demoler el hogar de Santa Ludmila.

El peligro despuntó cuando su hijo Vratislav se casó con Drahomira de Lucsko, una joven que pasaría a la Historia como mujer «de genio altivo y fiero, añadiendo a la impiedad la crueldad y la perfidia».[3] Fingía simpatizar con el cristianismo, pero en secreto favorecía prácticas idolátricas. Ni las exhortaciones, el celo o siquiera los buenos ejemplos de su marido lograron disuadirla de sus maquinaciones.

Encargose la virtuosa princesa de formar aquel tierno corazón, a un mismo tiempo con el estudio y con el amor a la virtud

Sabía la santa duquesa que eso no significaba tan sólo una posible división en el trono o en la familia, sino también un peligro inminente para la verdadera religión en el ducado. Por esta razón, no se demoró en reaccionar: cuando nació el segundo hijo de Drahomira, le pidió la tutela del primogénito, Wenceslao, pues en él había discernido los atributos de un excelente soberano.

Por tanto, el pequeño se fue a vivir al palacio de su abuela, en Praga. «Encargose la virtuosa princesa de formar por sí misma aquel tierno corazón, repartiendo el cuidado de su educación con un sabio preceptor que le señaló. Era este un capellán suyo, sacerdote santo, por nombre Pablo, que llenó dignamente todo el deseo de la princesa en las lecciones que le dio [a Wenceslao] para cultivar a un mismo tiempo su entendimiento con el estudio de las letras, y su corazón con el amor y con el ejercicio de la virtud».[4] A esta formación el niño correspondió tan perfectamente que es reputado como uno de los príncipes más capaces de su época.

Reproducción

Reproducción

A la izquierda, Santa Ludmila con el príncipe Wenceslao y, de pie, Drahomira, por Josef Mathauser; a la derecha, la santa duquesa asistiendo a Misa con su nieto, por František Tkadlík - Galería Nacional de Praga. En la página anterior, estatua de Santa Ludmila en el monumento de San Wenceslao, Praga

Ánimo resoluto frente a los reveses

Mientras su nieto iba fortaleciéndose en sabiduría y virtud, la prudente abuela vigilaba, pues sabía que aquel período consistía en la preparación para la gran batalla de su vida, la cual imprimiría un rumbo decisivo a la nación que Dios le había confiado. Ella preveía que no tardaría mucho en llegar ese momento y, de hecho, así sucedió…

Antes de que la duquesa cumpliera los 40 años, su esposo murió en combate. ¿Qué iba a hacer ella sin la protección y el apoyo de su fiel Bořivoj? Siempre resoluta, no dudó un instante: continuaría luchando, porque si la Providencia le había dado la misión de propagar y defender el catolicismo en la incipiente Bohemia, con la gracia de Dios llevaría hasta el final el encargo.

Su primera actitud consistió en poner a la cabeza del ducado, después de algunas contiendas, a su hijo mayor, Spytihněv, quien continuó la obra iniciada por sus padres, asentando en bases católicas la naciente civilización. Gobernó durante más de veinte años, hasta su muerte, en el 915, cuando le sucedió su hermano Vrastislav.

Fuerte fue la influencia de Santa Ludmila en ese período, mostrándose firme con los rebeldes, pero al mismo tiempo bondadosa y llena de misericordia para con los débiles y afligidos que a ella acudían. Con esto, la duquesa madre acabó por convertirse en el encanto de los checos, desde los altos cortesanos hasta los más humildes miembros del pueblo. Todos sabían que aquella dama férrea, implacable cuando se trataba de defender el bien y castigar el mal, poseía un corazón maternal, siempre dispuesto a acoger, perdonar y animar en el camino de la virtud.

Sin embargo, había alguien a quien le exasperaba esa situación…

Lucha contra la «nueva Jezabel»

Hay quien ha comparado a Drahomira con la perversa Jezabel, que en su furor «exterminó a los profetas del Señor» (1 Re 18, 4). En efecto, esa mujer odiaba el cristianismo y estaba dispuesta a todo para restaurar la religión pagana de sus ancestrales… Cual serpiente al acecho del momento adecuado para atacar, esperaba una oportunidad para desatar toda su ira.

La ocasión llegó con la prematura muerte de su buen marido Vratislav, en el 921, durante una batalla contra los húngaros. Se iniciaba entonces la más ardua de las pruebas por las que pasó Santa Ludmila, un auténtico enfrentamiento entre el cristianismo y el paganismo. En tal choque, el príncipe de este mundo, simbolizado por Drahomira, desafiaba insolentemente a Nuestro Señor Jesucristo en la persona de su amada y fiel seguidora Ludmila.

> *Drahomira sabía muy bien cuál era el árbol del cual provenían los frutos del catolicismo en el ducado y quería extirparlo de raíz*

Como Wenceslao aún no tenía la edad suficiente para asumir el trono, Drahomira se apoderó de las riendas del gobierno y, ya sin el freno de su esposo, dio libre curso a su implacable odio. Decretó el cierre de las iglesias y la suspensión de los servicios litúrgicos, les prohibió a todos los sacerdotes y profesores cristianos instruir al pueblo, depuso de los cargos públicos a los magistrados católicos y, finalmente, anunció que los paganos tenían el derecho de matar a los cristianos, pero éstos no podían quitarles la vida a sus agresores, ni siquiera en legítima defensa.

Santa Ludmila, reclusa en su palacio de Tetín, en ningún momento se dejó abatir por la dura realidad. Con admirable astucia, se mantuvo resoluta y serena, dando continuidad a la formación de su nieto.

Pero Drahomira sabía muy bien cuál era el árbol del cual provenían los mejores frutos del catolicismo en el ducado y quería extirparlo de raíz. Fue entonces cuando planeó minuciosamente una trampa siniestra.

Reproducción

A la izquierda, Drahomira paga a los asesinos de Santa Ludmila; a la derecha, éstos ante la santa duquesa y el pequeño Wenceslao
Ilustraciones de la Crónica de Dalimil, siglo XIV

Martirizada al pie del altar

Podemos imaginar a la santa duquesa recogida en sus aposentos, especialmente pensativa en una mañana que despunta radiosa. A la manera de esce-

nas, le pasaban por la mente todas las batallas, todas las gracias, cada una de las victorias que el Altísimo le había concedido en la gloriosa misión de conquistar almas para Él. No obstante, sentía que Dios le pedía algo más, un último paso, un holocausto supremo con el cual coronara su militancia en este mundo.

Pensando en esto, de repente, oye unos pasos apresurados, pero discretos, que se acercaban. Era un emisario de mucha confianza que le llevaba noticias alarmantes: estaban tramando su muerte. Con esto, lo comprendió todo. Había dedicado toda su vida a la lucha aquí en la tierra, ahora iría a ofrecerle a Dios su muerte, para continuar batallando desde el Cielo.

Por lo tanto, empleó el tiempo que le quedaba en deshacerse por completo de los bienes de este mundo, pagándoles con generosidad a los criados los servicios prestados y distribuyendo las demás riquezas entre los pobres.

Una tarde de aquel año 921 —según algunos autores, un sábado, 15 de septiembre; en la opinión de otros, el domingo, día 16—, Santa Ludmila se confesó y entró en la capilla del castillo, donde permaneció postrada durante algún tiempo ante el altar. Recibió la sagrada Eucaristía y se quedó en profunda oración. Mientras renovaba su ofrecimiento al Señor, irrumpieron en el recinto dos asesinos, pagados por Drahomira, los cuales descargaron toda su cólera sobre la santa estrangulándola con su propio velo. De esta forma recibía la palma del martirio esta intrépida dama, a la edad de 61 años.

Un enorme regocijo se apoderó de la nueva Jezabel; sin embargo, no le duró mucho. La duquesa mártir fue enterrada cerca del castillo de Tetín y faltó tiempo para que se difundiera la fama de su santidad. Junto a la tumba empezaron a suceder muchos milagros. Sobre ella se veía una intensa luminosidad y por la noche un perfume se extendía por el entorno. Era como si una voz del Cielo recordara la inmortalidad de Dios, llenando de fe a los buenos y aterrorizando a los malos.

Estatua ecuestre de San Wenceslao, por Josef Václav Myslbek, Praga

Con sabiduría el joven duque restableció el orden en sus dominios, transformándose en modelo de monarca cristiano

Reflejo de la Reina del Cielo y de la tierra

Cuando alcanzó la edad necesaria, San Wenceslao asumió el gobierno de Bohemia. Una de sus primeras actuaciones como soberano fue exiliar a su madre y a su hermano más pequeño —Boleslao, de la misma calaña que su progenitora— a una provincia alejada, y promover un grandioso traslado de los restos de su abuela a la iglesia de San Jorge, en Praga.

Se cuenta que fue el propio Dios quien se encargó de vengar la sangre de esta su tan predilecta combatiente: cierto día Drahomira pasaba cerca del lugar donde había mandado ejecutar a numerosos cristianos, cuando el suelo se abrió y fue tragada viva.

El joven duque se dedicó con ahínco al restablecimiento del orden perturbado por los años de despotismo de la sanguinaria Drahomira, logrando tanto éxito en esta tarea, por su sabiduría y prudencia, que en poco tiempo se transformó en un modelo de monarca cristiano. Su nombre atraviesa los siglos nimbado de gloria, proclamando cómo el Señor no defraudó las esperanzas de aquella que lo había formado para la lucha como una verdadera madre.

Así, el ejemplo de la santa patrona del pueblo bohemio refleja en la Historia el brillo de aquella que, teniéndose como humilde «esclava del Señor» (Lc 1, 38), confió en los altísimos designios de Dios hasta el punto de ser coronada como Reina del Cielo y de la tierra, de los ángeles y de los hombres, siendo para los infiernos «terrible y majestuosa como un ejército en orden de batalla» (cf. Cant 6, 4). ✧

---

[1] BENEŠ, Vladimir (Ed.). *Legenda o svatém Václavovi*. Praga: Bonaventura, 2008, p. 12.

[2] SAN JUAN PABLO II. *Discurso a los obispos checoslovacos en visita «ad limina»*, 11/3/1982.

[3] CROISSET, SJ, Juan. *Año Cristiano*. Barcelona: Librería Religiosa, 1854, v. IX, p. 539.

[4] Ídem, ibídem.

El jardín de María, que nada puede destruir

De las brumas de lo inverosímil surgió en la «tierra del sol naciente» un bello jardín, fundado para dar a la Santísima Virgen, no flores de este mundo, sino almas para su Reino.

Miguel de Souza Ferrari

¿Qué pensaría el superior de un convento franciscano de Polonia si uno de sus frailes le manifestara el deseo de partir en misión a Japón para predicar el Evangelio a los orientales? En principio, incluso podría tomar con naturalidad la propuesta. ¿Y si el subalterno añadiera el plan de publicar una revista católica en japonés —sin saber, hasta ese momento, ni una sola palabra de ese idioma ni tener a su disposición un traductor— y de fundar, no un simple convento, sino una verdadera ciudad consagrada a María Inmaculada, con el objeto de producir un movimiento de conversión en masa? ¿Y si, además, antes de evaluar las posibilidades para la realización de tal proyecto, el religioso declarara que no ha conocido a nadie en aquellas tierras ni posee medios materiales necesarios, únicamente el auxilio de Dios? «¡Sería una locura!», contestaría sin duda el superior.

Pero… ¿y si el fraile fuera San Maximiliano Kolbe? En ese caso, debería entonces arrodillarse y dar gracias a la Virgen, convencido de que fue Ella quien había suscitado tan noble anhelo en el alma de aquel varón.

De hecho, en 1917 el santo ya había creado en Polonia, su país natal, la Milicia de la Inmaculada, asociación cuyo objetivo era la conversión de los pecadores y la santificación de todos, así como, en 1922, la revista *El caballero de la Inmaculada*, una publicación con un comienzo sencillo, pero que llegó a alcanzar la tirada de un millón de ejemplares. También había fundado, en 1927, la *Niepokalanów* —Ciudad de la Inmaculada—, convento franciscano que no paraba de crecer.

En abril de 1930, San Maximiliano Kolbe avistó los cerezos en flor y las chozas de bambú de Nagasaki

Con el propósito de hacer lo mismo en la «tierra del sol naciente», lo trató con el padre provincial, fray Czupryk, quien lo llevó a consulta con otros superiores. El 17 de enero de 1930 el proyecto fue aprobado y San Maximiliano partió hacia Japón.

Empieza el apostolado en Japón

Habiendo pasado antes por Lourdes y por Lisieux, a fin de pedir el auxilio de la Virgen y de Santa Teresa del Niño Jesús, el 24 de abril de 1930 el P. Kolbe y otros dos frailes avistaron los cerezos en flor y las chozas de bambú de Nagasaki.

Se dirigieron entonces a la catedral para encontrarse con el obispo local, Mons. Hayasaka, que los recibió con mucha cordialidad. El prelado veía con muy buenos ojos la llegada de los misioneros, entre otros motivos, porque la cátedra de Filosofía del seminario estaba vacante y el P. Kolbe era doctor en esa disciplina. Se presentaba así la oportunidad perfecta: el obispo había conseguido suplir las necesidades de su profesorado, mientras que el santo francisca-

no encontraba auxiliares para la traducción de sus artículos al japonés.

El primer alojamiento de los tres frailes fue una precaria casucha cercana a la catedral, en la cual hallaron mosquitos y lluvia en verano, viento y nieve en invierno. A esto se sumaron otras muchas dificultades: la comida oriental les causaba náuseas; la salud del P. Kolbe, desde hacía tiempo debilitada por la tuberculosis, estaba peor que nunca; aún no sabían la lengua nipona ni conocían las costumbres del país; escasos eran sus recursos financieros.

Parecía imposible que sus proyectos llegaran a buen término, pero la realidad era bien diferente. En los fundamentos de las grandes obras sobrenaturales es preciso que haya muchos sufrimientos aceptados con resignación y los tres «caballeros de la Inmaculada» eran los hombres de fe llamados a sentar las sólidas bases de esa empresa.

Tras haber decidido publicar el primer número de la revista el mismo mayo —apenas un mes de su llegada a Nagasaki—, rezaron incesantemente y sus oraciones no tardaron en ser escuchadas: un católico adinerado de la ciudad les regaló una completa y moderna imprenta. Otras personas también les hicieron donaciones o se ofrecieron a ayudarles. Un japonés metodista se ofreció a traducir del latín a su idioma los artículos que San Maximiliano escribía; y hasta tal punto se encantó con ellos que llegó a convertirse a la Iglesia Católica e ingresó en la Milicia de la Inmaculada.

De manera que en el mes previsto salió a la luz la primera edición del *Mugenzai no Seibo no Kishi* — El caballero de la Inmaculada—, con diez mil ejemplares de tirada y, a pesar de muchas dificultades, la revista fue creciendo a lo largo del año. San Maximiliano decidió entonces empezar la segunda parte de su plan.

El Jardín de la Inmaculada

Los recursos de los que disponía el P. Kolbe para comprar el terreno de la futura «Ciudad de la Inmaculada» no le permitían adquirir el que más le conviniera. Esto le obligó a dirigir su atención en los alrededores de Nagasaki, donde los precios eran más asequibles.

> *Parecía imposible que sus proyectos llegaran a buen término, pero la realidad era bien diferente…*

Su elección recayó sobre el suburbio de Hongochi, en la ladera del monte Hikosan, donde estaba a la venta una propiedad de cinco hectáreas. Pese a estar alejado, el lugar ofrecía una vista panorámica de Nagasaki que llegaba hasta el mar, pues se encontraban en un nivel más elevado.

La «ciudad» comenzó a ser construida: una casa de madera, una capilla, un pabellón para las máquinas de edición, una cabina eléctrica central y un gran salón, donde se hacían las reuniones y se impartían las clases de catecismo a los japoneses. Por fin, el 6 de mayo de 1931 los misioneros pudieron trasladarse definitivamente a la nueva *Mugenzai no Sono*, poética expresión que significa «Jardín de la Inmaculada». ¡Otro sueño realizado!

Enseguida se puso de manifiesto la eficacia apostólica del «loco de la Inmaculada»: en aquella época había en Japón cien mil católicos y la revista poseía una tirada mensual de cincuenta mil ejemplares, lo que lo convertía en el mayor periódico del país.

Se obraron numerosas conversiones. Cierto día, por ejemplo, llamó a las puertas de la *Mugenzai no Sono* el superior de un monasterio budista de Kyoto. Estaba impresionado con la vida de los misioneros e invitó a fray

Fotos: Archivo histórico de la Orden de los Frailes Menores Conventuales

A la izquierda, una de las primeras ediciones de «El caballero de la Inmaculada» en japonés; en el centro, San Maximiliano con otros religiosos y sus alumnos japoneses; a la derecha, despacho del prior del convento de Nagasaki. En la página anterior, floración de cerezos en el parque Fukonato (Japón)

San Maximiliano María Kolbe

Martirio y pureza

Raimundo Kolbe nació el 8 de enero de 1894 en Zdúnska Wola, Polonia. Niño ejemplar, a los 12 años tuvo una visión: contempló a la Santísima Virgen, que le ofrecía dos coronas, una roja y otra blanca, para que escogiera. La roja simbolizaba el martirio y la blanca, la pureza. El joven decidió aceptar las dos. Con ello tuvo una noción clara de cuál sería su destino.

Ingresó en la Orden de los Franciscanos y en 1910 profesó los votos, recibiendo el nombre de Maximiliano. En 1917 fundó la Milicia de la Inmaculada, volcada en la conversión de los pecadores y la difusión de la devoción a la Santísima Virgen. Publicó numerosos artículos en defensa de la fe, en varios idiomas. Desarrolló su apostolado en Polonia, Japón e Italia.

El 17 de febrero de 1941, San Maximiliano fue preso y trasladado al campo de concentración de Auschwitz. En julio de ese año, uno de los prisioneros huyó y el jefe del campo resolvió condenar a otros diez cautivos a la muerte por inanición, en venganza por lo ocurrido. Entre ellos estaba un padre de familia llamado Francisco Gajowniczek. Al ver que lamentaba la suerte de su esposa e hijos, San Maximiliano se ofreció para morir en su lugar.

Como después de dos semanas sin comida ni bebida el santo aún se encontraba vivo, le aplicaron una inyección letal. Así recibía este hombre de Dios la corona roja del martirio.

Fue canonizado por el Papa Juan Pablo II el 10 de octubre de 1982.

www.olaprovince.org

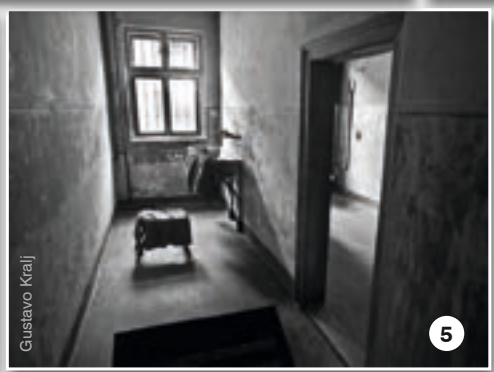
Pintura representando a San Maximiliano en Auschwitz, con las coronas de la pureza y del martirio en la mano

Szymon Kaczmarczyk (CC by-sa 3.0)

Anneli Salo (CC by-sa 3.0)

Konrad Kurzacz (CC by-sa 3.0)

Gustavo Kralj



Gustavo Kralj

Dnalor_01 (CC by-sa 3.0)

En las fotos: 1 - Entrada del campo de concentración de Auschwitz; 2 - Fachada del barracón 11; 3 - Pasillo del mismo barracón; 4 y 5 - Dormitorios de los prisioneros; 6 - Celda en la que murió San Maximiliano Kolbe

A la izquierda, la nube producida por la bomba atómica se cierne sobre Nagasaki; en el centro, momento de la explosión; a la derecha, estado en que quedó la catedral de Nagasaki

Maximiliano a que visitara su comunidad. El santo aceptó y llevó la luz de la fe a aquel sitio; antes de retirarse, su anfitrión le dijo que en adelante no aceptaría a nadie más en su monasterio que no estuviera dispuesto ¡a conocer y amar a María, la Madre de Dios!

Intacto en medio de la explosión atómica

Infelizmente, el P. Kolbe no pudo continuar más tiempo con su acción benéfica para con los orientales: en 1936 se vio obligado a dejar Japón para cuidar de su fundación en Polonia. Y ya no volvería a aquel país… En 1939 los nazis lo tuvieron preso durante tres meses y en febrero de 1941 fue nuevamente detenido; el 14 de agosto de este mismo año moría en el campo de concentración de Auschwitz, ofreciendo su vida para salvar a otro prisionero, padre de familia, y en holocausto a Dios para mayor éxito de su apostolado.

San Maximiliano falleció precisamente en la época en que un gran peligro amenazaba destruir todo lo que había realizado: la Segunda Guerra Mundial. Todos los miembros de la Milicia de la Inmaculada de Polonia tuvieron que dispersarse, para que los nazis no los apresaran. Algunos también fueron asesinados, uniéndose a su fundador en la gloria celestial.

A menudo el Señor permite que ocurran hechos incomprensibles a los ojos de los hombres, en los cuales se esconde un designio divino

La situación en Japón se volvió muy delicada: la Milicia no había tomado aún suficiente fuerza como para resistir a las dificultades ocasionadas por la guerra y, además, se veía huérfana sin el amparo del P. Kolbe. Sin embargo, los frailes no abandonaron la *Mugenzai no Sono* y siguieron haciendo apostolado tanto como les era posible.

El 9 de agosto de 1945, no obstante, sobrevino un desastre que parecía capaz de acabar con todas las esperanzas: la explosión de la bomba atómica en la ciudad de Nagasaki, donde los discípulos del P. Kolbe realizaban su labor evangelizadora…

¿Se había acabado todo? ¡De ninguna manera! Dios escribe recto en líneas torcidas, dice el proverbio. A menudo el Señor permite que ocurran hechos incomprensibles a los ojos de los hombres, los cuales, por algún designio misterioso, dan la impresión de ir contra sus planes. Pero los santos y los profetas consiguen discernir algo de esos arcanos divinos, aunque no les sea dado ver con claridad todas sus consecuencias.

Protegido de la onda expansiva de la explosión atómica no sólo a causa del monte Hikosan, sino sobre todo por su fundador, el Jardín de la Inmaculada quedó intacto: únicamente algunos cristales rotos, sin daño alguno a sus moradores.[1] Se ve que la elección del terreno para la *Mugenzai no Sono*, catorce años antes, no constituía algo meramente natural: la mano de Dios providenció aquel lugar para que, incluso con la destrucción de Nagasaki, la obra del «loco de la Inmaculada» se mantuviera en pie, ¡hasta nuestros días! ✧

---

[1] Cf. RICCIARDI, OFM Conv, Antonio. *Beato Massimiliano Maria Kolbe*. Roma: Edizioni Agiografiche, 1971, p. 188; LORIT, Sergio C. *16670 Quem era?* São Paulo: Cidade Nova, 1966, p. 121.

Santas... ¡miserias!

Dios no quita las miserias, sino que santifica al miserable. De esta manera, la obra de la gracia brilla más que si incidiera sobre alguien exento de defectos.

Lorena Mello da Veiga Lima

«¿Es que Dios nunca me va a tomar en cuenta?». Pregunta que de vez en cuando surge impetuosa en nuestro interior, especialmente en los períodos en los que rogamos con más insistencia que seamos limpios de nuestras miserias. Nos vemos libres de algún mal y enseguida se levanta otro en nuestro horizonte; o peor aún, nos esforzamos por vencer un defecto y, tan pronto obtenemos la victoria, percibimos la existencia de varios más. Para agravar el cuadro, en la convivencia diaria comprobamos que los otros también se encuentran en una situación parecida…

A fin de cuentas, ¿Dios escucha o no escucha nuestras peticiones?

La doctrina católica nos enseña que todo lo que pedimos en la oración, el Todopoderoso nos lo concede, siempre que concurra para nuestro bien, cuya culminación es la gloria eterna en el Paraíso.[1] Ahora bien, en la mayoría de los casos, un gran mal nos sería hecho si la Providencia divina nos librara de nuestras miserias y debilidades.

¡¿Cómo?! Parece absurdo, pero no lo es.

Auxilio para no ser ingratos a Dios

Para que se entienda mejor el primer supuesto de tal afirmación, recurramos a un ejemplo doméstico. Imaginemos que una madre quiere prepararle a su hija una fiesta extraordinaria, para celebrar su ingreso en la universidad. Invita a los amigos de la joven, se esmera en los arreglos de la casa y, en secreto, prepara deliciosos platos.

El día fijado la joven se topa con la maravillosa sorpresa. Su progenitora también se lleva un sobresalto; pero desagradable. Su hija sencillamente no se sirve de nada de lo que había preparado. Sin apetito, no hace ni caso del cariño de aquella que tanto la ama.

¿Esa actitud no sería una enorme ingratitud?

Ya en el Evangelio encontramos antípodas de esa joven: los cojos, los pobres, los lisiados y los ciegos llamados por el hombre rico a participar de su fiesta (cf. Lc 14, 21), los cuales se sirvieron copiosamente de todas las iguarias, mostrando que cuanto más indigente es el invitado, más colmado de dádivas será.

De manera análoga, si nuestras lagunas físicas o espirituales fueran rellenadas por completo, correríamos el riesgo de juzgar engañosamente que nuestras necesidades estarían cubiertas y enseguida nos olvidaríamos de buscar la fuente de agua viva, el surtidor de los dones celestiales, el único que, de hecho, puede saciar nuestros anhelos: Dios. Y, al igual que la joven inapetente, fácilmente caeríamos en un abismo más terrible que el pecado: la falta de reconocimiento para con el Altísimo.

Un ciego que empieza a ver sin nervio óptico…

Ahora bien, el desacierto al hacer nuestras súplicas no será motivo para que Dios deje de concedernos su gracia. Si es verdad que Él siempre nos tomará en cuenta superando nuestros criterios humanos y mediocres, también es cierto que edificará, sobre el pantano de las malezas, indestructibles castillos.

Una breve historia podrá ayudarnos a entender mejor este segundo punto de nuestras consideraciones.

De un virtuoso matrimonio nació un hijo desde hacía mucho tiempo esperado, al cual sus padres no escatimaron ninguna muestra de afecto. Sin embargo, los meses iban pasando y notaron algo extraño en su retoño. Lo llevaron al médico y el diagnóstico fue desalentador: el niño era ciego, pues no tenía nervio óptico; mudo, porque había nacido sin cuerdas vocales; sordo, por tener dañado el conducto acústico interno. Desolados, ambos se preguntaban qué po-

drían hacer, pero el especialista sentenció: «¡No hay solución!».

De regreso a casa, el ánimo de los piadosos progenitores se mantenía en pie, porque una cosa no les faltaba: la fe. Colocando a su hijo sobre su regazo, el padre le impuso las manos en la cabeza y los dos esposos, con los ojos llenos de esperanza, miraron al Cielo y rogaron la curación de su amado pequeñín.

Inmediatamente, el niño adoptó distintas reacciones. Se cruzaron las miradas de los tres y esbozó una inocente sonrisa en sus labios pueriles. Convencidos del milagro alcanzado, los padres sólo pudieron exclamar: «¡Hijo!». Y el bebé respondió con un sonoro: «¡Pa!».

Dios que es Padre, también es Hijo y Amor. Había escuchado con agrado la oración de aquellos padres y prontamente les atendió su petición.

Sin dejarse tomar por la duda, la pareja salió corriendo de vuelta al médico para confirmar la intervención divina. El resultado los sorprendió: el niño veía sin nervio óptico, hablaba sin cuerdas vocales, oía sin canal auditivo. ¡Era un niño milagro!

La gracia realizará maravillas de santidad en nosotros

Ese hipotético caso ilustra algo de la realidad de aquellos a quienes Dios santifica. La gracia actúa en el alma, la cual se adorna de dones espirituales; pero los defectos no son extirpados de inmediato, ni cesan las luchas o los embates diabólicos. En suma, Dios no quita las miserias, sino que santifica al miserable.

De esta manera, la obra sobrenatural se vuelve más evidente, brillando con mayor fulgor que si incidiera sobre alguien exento de faltas. Así se explican los sufrimientos de tantos santos que, aun viviendo de modo edificante, se entregaban a penitencias y oraciones, derramando lágrimas y rogando a los Cielos fuerzas no sólo para enfrentar las adversidades exteriores, sino sobre todo para vencerse a sí mismos.

Sagrado Corazón de Jesús
Basílica de Ars-sur-Formans (Francia)

> *Dios no deja de concedernos su gracia; siempre nos tomará en cuenta superando nuestros criterios humanos y mediocres*

Una afirmación de San Pablo bien lo prueba: «Por la grandeza de las revelaciones, y para que no me engría, se me ha dado una espina en la carne: un emisario de Satanás que me abofetea, para que no me engría» (2 Cor 12, 7). ¿No parece raro que el demonio evite el engreimiento de alguien? Dios se sirve del mal para obtener un bien, como dice el Apóstol a continuación: «Tres veces le he pedido al Señor que lo apartase de mí y me ha respondido: "Te basta mi gracia: la fuerza se realiza en la debilidad"» (2 Cor 12, 8-9a).

Quizá por ese motivo María Santísima, en Lourdes, haya realizado curaciones similares a la del niño de nuestra historia y, para simbolizar tal verdad, Nuestro Señor Jesucristo haya querido permanecer con sus gloriosas llagas tras la Resurrección.

La alegría de ser miserable

Lo importante es que no nos desanimemos cuando nos encontremos con nuestras miserias, por muy reiteradas que se manifiesten; ni, de ninguna manera, capitulemos en el combate contra el demonio, el mundo y la carne.

Debemos tener paciencia y dedicación, seguros de que, si revestidos de confianza, la gracia nunca dejará de actuar en nosotros. María Santísima no es Señora de las obras inacabadas y, por su intercesión, Dios realizará maravillas en nosotros, pobres lisiados que esperan en su omnipotencia paternal.

Así pues, con propiedad podremos gritar al unísono con todos los justos de la Historia: «Muy a gusto me glorío de mis debilidades, para que resida en mí la fuerza de Cristo. Por eso vivo contento en medio de las debilidades, los insultos, las privaciones […]. Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte» (2 Cor 12, 9b-10). ✧

---

[1] Cf. CCE 2738-2741.

La recompensa de los que saben «gritar aún más fuerte»

Doña Lucilia ha evitado situaciones complicadas y resuelto problemas humanamente insolubles, en atención a las súplicas de todos los que piden con fe su intercesión, pues Dios puede realizar ¡lo imposible!

Elizabete Fátima Talarico Astorino

Al oír el barullo de la muchedumbre que se acercaba, el ciego empezó a gritar: «Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí». Muchos de alrededor se asustaron y algunos lo increparon para que se callara. Pero fue en vano, pues el pobre hombre gritaba aún más fuerte… Y como premio de su constancia y confianza en el poder de Dios oyó estas palabras del Señor: «Anda, tu fe te ha salvado». Y al momento recobró la vista (cf. Mc 10, 46-52).

Episodios como los de Bartimeo, el ciego de Jericó, se multiplican en nuestros días y por mucho que últimamente se intente exaltar nada más que la ciencia y la técnica, la fe en el poder divino ha obtenido numerosas curaciones tanto físicas como espirituales.

Sí, pese a que el alboroto y el ateísmo del mundo moderno se empeñan en acallar las manifestaciones de fe, numerosos devotos encuentran en la maternal protección de Dña. Lucilia fuerza y coraje para «gritar aún más fuerte» con incesantes súplicas y oraciones.

«Le pedí que me libraran de ese diagnóstico»

Anhelando dar su testimonio sobre ese constante auxilio de Dña. Lucilia, Leilane Mara Portes Alves Carpanez, profesora y psicóloga residente en Juiz de Fora (Brasil), nos narra una significativa gracia recibida por intercesión de esa generosa señora.

Después de haberse casado, en octubre de 2018, su esposo y ella enseguida notaron signos de problemas opuestos a su deseo de tener hijos. Ante una penosa situación en la que sentía muchas molestias, náuseas y malestar general Leilane decidió ir en busca de asistencia médica.

«Al sospechar que se trataba de una endometriosis —enfermedad autoinmune que provoca dolores e infertilidad—, la doctora me recetó algunos medicamentos y solicitó que me hicieran una resonancia magnética para averiguar si habían posibles

> *Le pedí a Dña. Lucilia que interviniera. Resultado: en poquísimo tiempo obtuve la implementación del derecho incontestable que yo había requerido*

El Prof. Edson Sampel sujeta su cuadro de Dña. Lucilia

Fotos: Reproducción

Leilane Mara con su hija

adherencias derivadas de la dolencia. Fue un momento de mucha aflicción, durante el cual le pedí a la Santísima Virgen y a Dña. Lucilia que me libraran de ese diagnóstico; o bien, si tuviera que afrontar esa enfermedad, me dieran fuerzas, porque sola no aguantaría», nos cuenta.

«Ella me amparaba e intercedía por mí»

No pasó mucho tiempo para que Leilane se convenciera de que su petición había sido escuchada:

«Al participar en la Santa Misa, en la hora de la comunión sentí fuertemente que la Virgen me decía: "Quédate tranquila hija mía, estoy cuidando de todo". Y en tres ocasiones, en lugares y momentos diferentes, encontré una foto de Dña. Lucilia, como si me dijera: "Estoy contigo". Me sentí acogida, sabiendo que me amparaba e intercedía por mí ante Dios y la Virgen».

> *Me sentí acogida, sabiendo que Dña. Lucilia me amparaba e intercedía por mí ante Dios y la Virgen*

Más tarde recibiría una confirmación de que había sido plenamente atendida en sus oraciones: «Cuando menos me lo esperaba, surgió la sospecha de embarazo, lo que me imposibilitaba hasta de hacer la resonancia magnética ya marcada. Así pues, el mismo día de la cita concertada para la resonancia, me realizaron la prueba de ultrasonido y pude oír los latidos del corazón de mi bebé. Hoy, estoy muy contenta por las gracias recibidas. Incluso habiendo pasado por diversas dificultades al inicio de la gestación, tenía la certeza de que Dña. Lucilia estaba y está conmigo».

«Le supliqué a Dña. Lucilia que interviniera en mi causa»

También el Prof. Edson Luiz Sampel, docente de la Facultad de Derecho Canónico San Pablo Apóstol, de la arquidiócesis de São Paulo, nos escribe para contarnos dos beneficios más recibidos por intercesión de esa bondadosa señora:

«Necesitaba un certificado del INSS (Instituto Nacional de la Seguridad Social, por sus siglas en portugués). Por diversos motivos, el procedimiento estaba tardando bastante, incluso tras la interposición de un mandamiento judicial. Cuando le supliqué a Dña. Lucilia que, desde el Cielo, interviniera en mi causa, la respuesta vino al día siguiente. Me avisaron de que el INSS expediría pronto el certificado. Más tarde osé pedirle a Dña. Lucilia que la diligencia del referido certificado se produjera lo más rápidamente posible. Resultado: en poquísimo tiempo obtuve la implementación del derecho incontestable que yo había requerido».

«A partir de mañana ya no tendrás fiebre»

Deseando que también otros fueran objeto de la protección de Dña. Lucilia, el Prof. Sampel decidió solicitar su intercesión para conseguir la recuperación de la salud de la novia de su sobrino, que estaba hospitalizada por problemas renales gravísimos y con una fiebre que no disminuía nunca. He aquí su testimonio:

«Mi sobrino me contó que estuvo en el hospital una mujer, empleada y antigua amiga de la familia, homónima de la genitora de Dr. Plinio, que le dijo a la joven lo siguiente: "A partir de mañana ya no tendrás fiebre; quédate tranquila". Y, de hecho, a la novia de mi sobrino se le quitó la fiebre. Maravilloso, ¿no? Otra Dña. Lucilia le llevó a la joven la buena noticia de la gracia divina».

De manera que el Prof. Sampel se acostumbró a pedirle ayuda a esta maternal señora, invocándola siempre al final de una de las decenas de su Rosario. Pues , como afirma en su artículo *Dona Lucilia, mãe de Dr. Plinio, rogai por nós!*, publicado en el sitio web de la Sociedad Brasileña de Canonistas, «Dña. Lucilia ofreció amor y solicitud por igual a los que la fustigaron. En el Cielo, amorosamente nos socorrerá a los demás, viandantes que le requieren ayuda».[1]

«Doña Lucilia, que alguna persona honesta encuentre la cartera»

Roseli Gaviolli, de São Carlos (Brasil), impresionada con la solicitud y rapidez de Dña. Lucilia en atender a su petición, nos da un sencillo testimonio de la gracia recibida el primer día de su novena.

Su marido, Marcos, salió de casa con la cartera llena de dinero, documentos y tarjeta de crédito. Era el día que tocaba pagar las facturas. Entró tranquilamente en el banco y sólo cuando ya estaba en la ventanilla se dio cuenta de que no llevaba la cartera en el bolsillo… ¿Cómo la había perdido? ¿Dónde?

Aturdido al verse privado de toda la cantidad que él y su esposa habían reunido para cubrir los gastos de la familia, regresó por el mismo camino, en un intento poco esperanzado de volver a ver la cartera perdida. Después de buscar mucho y no encontrar nada, telefoneó a Roseli y, casi llorando, le contó lo que le había pasado. Inmediatamente ella le encendió una vela a Dña. Lucilia y le pidió: «Doña Lucilia, que alguna persona honesta encuentre la cartera y nos la devuelva».

Mientras tanto, Marcos, sin saber bien qué hacer, se detuvo ante un puesto de la Policía Militar, pensando que era la comisaría, y le dijo al policía que estaba de guardia: «Estoy muy afligido porque he perdido mi cartera. Vengo a poner una denuncia…».

El policía se dispuso a ayudarlo enseguida. Le explicó todos los pasos que debía llevar a cabo, empezando por los dos más urgentes: ir al banco y cancelar la tarjeta de crédito y, a continuación, presentar la denuncia.

«Doña Lucilia lo había resuelto todo de una manera inesperada»

Sin embargo, para aumentar aún más la aflicción de Marcos, nada transcurrió como esperaba. En la sucursal bancaria, después de aguardar un buen rato su turno en la cola, se enteró que para cancelar la tarjeta necesitaba teclear un código…, algo que ni sabía que existía. En la comisaría, idéntica decepción: después de un largo tiempo de espera para ser atendido, le informaron que la denuncia sólo la podía presentar por internet, otra cosa de la que no tenía noción.

Fotos: Reproducción

Roseli Gaviolli y su esposo, Marcos; al lado, la cartera recuperada

Llorando de emoción ella le comunica que la cartera había sido recuperada. ¡Doña Lucilia lo había resuelto todo de una manera inesperada!

Al no encontrar medio alguno de remediar lo ocurrido, que dejaba a su familia en una difícil situación financiera, Marcos volvía a casa desanimado. Entonces, a mitad de camino, recibe una llamada telefónica de su esposa. Llorando de emoción le comunica que la cartera había sido recuperada. ¡Doña Lucilia lo había resuelto todo de una manera inesperada!

Roseli nos describe cómo sucedió: «Un hombre que pasaba por aquella calle cogió la cartera justo antes de que un torrente la mojara. Al llegar a su casa la abrió y leyó en la tarjeta de crédito: Marcos Gaviolli. Se acordó que ya había oído ese nombre y le preguntó a su hija si conocía a alguien que se llamara "Gaviolli". Ella le respondió que tenía una compañera —que era mi sobrina— con ese apellido y la llamó enseguida; y ésta a su vez se puso en contacto conmigo».

En poco tiempo la cartera estaba de nuevo en las manos del matrimonio, con todo su contenido. Solamente después de la explicación de su esposa, Marcos entendió el motivo por el cual no había conseguido cancelar la tarjeta de crédito ni presentar la denuncia en comisaría, acciones que invalidarían automáticamente todos sus documentos: Doña Lucilia no lo había permitido.

La familia Gaviolli pudo de esta forma constatar cómo Dña. Lucilia está dispuesta a socorrerlos en todo momento, evitando hábilmente cualquier drama o problema en atención a una corta oración dirigida a ella.

Un viaje bajo la protección de una maternal señora

También Natalia da Conceição Oliveira, de Belém do Pará (Brasil), agradecida por la constante pro-

tección de Dña. Lucilia, nos escribe para contarnos la gracia alcanzada en una situación de apuro por la que pasó estando de viaje con su familia:

«Fuimos parados en la carretera por una patrulla de la Policía Federal. El agente se acerca y le dice al conductor del vehículo que había cometido una infracción: adelantar rebasando la doble línea continua. Le pidió el permiso de conducir y los documentos del coche. A continuación, le dijo que el permiso estaba en orden, pero la licencia anual del vehículo había caducado. Nos sorprendimos, pues pensábamos que el período de pago aún no había llegado. Entonces le pedimos que lo verificara en el sistema y nos confirmó que, de hecho, había expirado la licencia; luego nos encontrábamos con dos infracciones: adelantar con línea continua y tener los documentos vencidos. El policía se volvió al coche patrulla, probablemente para hablar con su superior».

En esa difícil situación, Natalia no encontró mejor solución que el recurrir a la maternal ayuda de Dña. Lucilia para pedirle que resolviera el problema de las multas y, sobre todo, el de la inmovilización del vehículo. Y nos cuenta cómo fue atendida con prontitud:

«Empezamos a rezarle a Dña. Lucilia y, cuando el policía regresó, lo

Natalia da Conceição dentro del vehículo con sus hijas

Natalia recurrió a la maternal ayuda de Dña. Lucilia para pedirle que resolviera el problema de las multas y el de la inmovilización del vehículo

inesperado ocurrió. Tenía otra fisonomía… Nos comunicó que perdonaría la primera infracción y añadió que podíamos seguir el viaje, pero que cuando llegáramos a nuestro destino, tendríamos que renovar la licencia cuanto antes, pues él estaría haciendo un seguimiento del vehículo para verificar el pago. Nos deseó un buen viaje con una sonrisa en la cara. Continuamos nuestro camino sin multas, sin sanciones, sin nada malo».

* * *

De este modo, numerosas almas —a ejemplo del ciego de Jericó— han enfrentado a la «muchedumbre que los increpa para que se callen», «gritando aún más fuerte» ante las aflicciones y dificultades, recurriendo al maternal socorro de Dña. Lucilia. Y esta bondadosa señora ha evitado situaciones complicadas y resuelto problemas humanamente insolubles, en atención a las súplicas de todos los que piden con fe su intercesión, pues Dios puede realizar ilo imposible! ✧

---

[1] LUIZ SAMPEL, Edson. *Dona Lucilia, mãe de Dr. Plinio, rogai por nós!* In: www.infosbc.org.br.

Doña Lucilia

Biografía de Lucilia Ribeiro dos Santos Corrêa de Oliveira,escrita por Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP, y editada por la Libreria Editrice Vaticana.

Encomiende su ejemplar:

Chile: heraldos@heraldosdelevangelio.cl - Tel. (56 2) 2706 4000
Ecuador: caballeros@caballerosdelavirgen.org.ec Tel. (593 2) 225 88 40
Estados Unidos: heralds@heraldsusa.org - Tel. 281-676-8526
México: futuroyvida@gmail.com - Tel. (52 55) 2591 9161
Uruguay: fatimauy@adinet.com.uy - Tel. (598 2) 2320 0712

Fotos: Gianluca Signorile

Italia – El 16 de julio los Heraldos del Evangelio fueron invitados a abrillantar la solemne Eucaristía celebrada por el Patriarca de Venecia, Mons. Francesco Moraglia. El acto lo organizó la Archicofradía de Santa María del Monte Carmelo en la iglesia dedicada a esta misma advocación mariana.

Fotos: Matías Jesús Alonso

Paraguay – Como cada cuarto domingo de mes, el 27 de junio hubo Misa en el santuario de Nuestra Señora de los Milagros de Caacupé, patrona del país, presidida por un sacerdote heraldo y con la presencia del coro y orquesta de la institución. Al término de la ceremonia se celebró el rito de la bendición y la aspersión del agua.

Fotos: Pedro Beltrán

Chile – Ante el deseo de favorecer a las familias más necesitadas, especialmente afectadas por las consecuencias de la pandemia del COVID-19, hermanos misioneros reunieron cajas de alimentos y rosarios para distribuirlos entre los feligreses de la iglesia de Nuestra Señora de Fátima, situada en la comuna de Independencia, en Santiago.

Fotos: Ignacio Salas

Perú – Tomando las debidas precauciones, los heraldos de esta nación andina visitaron varios hospitales para llevarle a los enfermos el consuelo de la presencia de la imagen peregrina de Nuestra Señora de Fátima. De entre los muchos lugares visitados se encuentra la Clínica Padre Luis Tezza, de las Hijas de San Camilo, de Lima.

Fotos: Eric Salas

España – Las ceremonias de la comunión reparadora del primer sábado de mes continuaron siendo realizadas mensualmente por los Heraldos del Evangelio en la Real Colegiata de San Isidro, de Madrid. Participaron en la ceremonia tanto miembros de las ramas masculina y femenina como cooperadores de la entidad.

Fotos: Valde da Silvar

Brasil – Heraldos de la ciudad de Campos dos Goytacazes recogieron cestas básicas para entregarlas en la Comunidad Estrada Pedra Negra, situada en el distrito de Ibitioca. Además de la ayuda material, el sacerdote presente bendijo a sus moradores, dispensándoles el insustituible auxilio sobrenatural.

Misa en rito hispano mozárabe es celebrada en la Solemnidad de Santiago Apóstol

En la catedral de Salamanca tuvo lugar el 25 de julio, solemnidad de del apóstol Santiago, la celebración de la Santa Misa según el rito hispano mozárabe. Esta liturgia era la forma particular con la que los primeros cristianos de la provincia romana de Hispania celebraban su fe en las acciones litúrgicas más comunes, tanto la Eucaristía como los demás sacramentos y el Oficio Divino.

Hasta entonces, el cabildo de la catedral celebraba en ese rito tan sólo la liturgia del primer domingo de Adviento y de Cuaresma. A partir de ahora, siempre será celebrada en rito mozárabe la solemnidad del patrón de España.

Gaudium Press

Imágenes destruidas en la diócesis de Brooklyn

La diócesis de Brooklyn, Nueva York, cobija en torno a un millón y medio de católicos y cuenta con 187 parroquias y 213 iglesias. El pasado mes de julio publicó un comunicado afirmando que, ante los ataques que vienen sufriendo sus templos, le pide a Jesucristo que convierta los corazones de esas personas que atentan no sólo contra objetos de veneración y culto, sino contra la propia religión.

El último acto de vandalismo religioso tuvo lugar en la iglesia de Nuestra Señora de la Merced, donde una mujer no identificada destruyó las imágenes de la Virgen de las Gracias y de Santa Teresa del Niño Jesús, instaladas en el área exterior desde la inauguración del templo, en 1937. Las imágenes, de algo más de medio metro de altura, fueron derribadas y arrastradas, golpeándolas violentamente contra el suelo hasta quedar destruidas completamente.

El párroco, el P. Frank Schwarz, lamentó lo sucedido y comentó que todo eso es desolador, pues hechos como ese están volviéndose cada vez más frecuentes: los ataques contra iglesias católicas y lugares de culto se están produciendo en serie.

Diez religiosas polacas asesinadas por tropas soviéticas serán beatificadas

Transcurridos setenta y seis años de lo sucedido, diez religiosas polacas de la Congregación de Santa Isabel, asesinadas por resistirse a la violencia y otras atrocidades cometidas por soldados soviéticos al final de la Segunda Guerra Mundial, serán beatificadas como mártires.

La portavoz de la congregación, la Hna. Jozefa Krupa, comentó que ese acto mostrará cómo la valentía y la devoción están vinculadas a la santidad. El hecho produjo un arrobo de alegría espiritual en todas las religiosas.

El historiador Jan Zaryn, director del Instituto Polaco para el Legado del Pensamiento Nacional Roman Dmowski e Ignacy Jan Paderewski, dijo que esa beatificación masiva destacará un período histórico poco conocido, recordando los terribles sufrimientos que enfrentaron las órdenes religiosas durante la presencia del ejército soviético en Polonia.

En agosto de 1954 fueron cerrados 323 conventos en la región occidental del país, bajo la campaña denominada Operación X2, con más de 1300 religiosas detenidas por milicias armadas y llevadas a campos de trabajos, desprovistos de electricidad y donde la tuberculosis causaba estragos.

Una declaración de la Congregación de Santa Isabel afirma que las diez mártires ya habían sido reconocidas como tal desde el momento de su muerte, según lo atestigua una carta de su superiora general, la Madre Mathildis Kuttner, escrita en 1946.

fides.org

Nuevos sacerdotes ordenados en Vietnam

El 25 de julio fueron ordenados treinta y cuatro nuevos sacerdotes vietnamitas, que serán enviados como misioneros a donde el Señor los llame, a fin de anunciar y dar testimonio del Evangelio. «Es un día de gran alegría, un día de gran bendición en la diócesis de Vinh», comentó el obispo, Mons. Alphonso Nguyen Huu Long, que presidió la ceremonia.

En su homilía, el prelado recordó que ese momento de felicidad vivido en su diócesis ocurre en un período de gran sufrimiento en muchas partes del mundo, derivado de la pandemia del COVID-19. Según afirmó, esos nuevos presbíteros serán como el Buen Samaritano, llevando cuidados y misericordia a los corazones heridos. También explicó que los sacerdotes son elegidos por Jesús para trabajar en su viña y, en el mundo de hoy, no es fácil encontrar a jóvenes dispuestos a dar su vida para servir al prójimo, en sitios difíciles y peligro-

sos. No obstante, el Señor sigue llamándolos para llevar la semilla de la fe, de la esperanza y de la caridad a los hermanos en dificultad.

Finalmente, el obispo exhortó a los recién ordenados a que siempre dediquen sus vidas al servicio y la gloria de Dios, sin preocuparse por el lugar en el que vayan a vivir y únicamente velando para que las almas se entreguen a Él.

El Santo Cáliz de la Última Cena fue salvado hasta tres veces

El Santo Cáliz utilizado por Nuestro Señor Jesucristo para la institución de la Sagrada Eucaristía, en la Última Cena, se venera en la catedral de Valencia, España, desde el siglo XV. Con la invasión de las tropas napoleónicas, en el siglo XIX, esta preciosa reliquia sufrió serio riesgo de ser destruida o desaparecer, habiendo sido salvada heroicamente, tres veces, por el P. Pedro Vicente Calbo.

Este valiente sacerdote narró las peripecias de los traslados de la preciosa reliquia en un manuscrito hoy conservado en el Archivo de la catedral de Valencia. Fue cuidadosamente estudiado durante cinco años, junto con otros documentos, por César Evangelio, dando origen al libro *Salvamentos del Santo Cáliz en la Guerra de la Independencia. Valencia-Alicante 1809-1810*.

El autor destacó recientemente a *Aciprensa* que existe algo de providencial y de prodigioso en el hecho de que el Santo Cáliz haya sobrevivido a tantas vicisitudes: tormentas, momentos de grave peligro e incluso enfrentamientos con las tropas francesas.

Los Salesianos cumplen 125 años de presencia en Paraguay

El pasado mes de julio fueron celebrados los 125 años de la llegada a Paraguay de los primeros cuatro hijos espirituales de San Juan Bosco, provenientes de Montevideo, Uruguay, dando comienzo a la presencia de la Congregación Salesiana en el país.

Todo empezó con una carta enviada por Mons. Luis Lasagna al primer sucesor de Don Bosco, el Beato Miguel Rua, diciéndole que Paraguay era tierra suspirada por muchos corazones salesianos y que era un vasto campo para el Cielo y para la labor de la congregación. Tal petición fue acogida por el superior como una inspiración profética y envió a los primeros miembros de la Orden el 23 de julio de 1896. Pero Mons. Lasagna no pudo recibirlos, pues había fallecido trágicamente unos meses antes.

A partir de entonces, los deseos apostólicos de Don Bosco se hacían realidad en ese país platino. La centenaria tarea iniciada por los primeros salesianos, con las bendiciones de Dios y la intercesión de María Auxiliadora, dio muchos frutos: la congregación se encuentra hoy en nueve ciudades de Paraguay y cuenta con catorce instituciones educativas.

Gaudium Press

Reabierta la iglesia construida con ocasión de la histórica batalla de los Guararapes

El arzobispo de Olinda y Recife (Brasil), Mons. Fernando Saburido, celebró a primeros de julio una Misa solemne con motivo de la reapertura de la iglesia de Nuestra Señora de la Concepción de los Militares, que permaneció cerrada para su restauración casi quince años.

El prelado destacó la belleza del edificio y afirmó que era una gracia enorme tenerla de vuelta, para el bien de la religiosidad y de la cultura pernambucana. La iglesia fue construida por la Hermandad de los Militares tras la histórica batalla de los Guararapes, en el siglo XVIII, y está incluida en el catálogo de Patrimonio Histórico Artístico Nacional desde 1938.

Perseguido por una mirada

Marcos ni siquiera sospechaba que ellos no eran los únicos que planeaban un hurto. Alguien también estaba tramando un «ataque» más exitoso.

Valery Dayan Montenegro López

Era la fiesta de la Natividad de María. Marcos, un niño muy travieso, desobediente y con mal carácter —sobre todo después de haberse quedado huérfano—, no quería oír Misa e iba andando a regañadientes hasta la iglesia.

Al entrar se soltó de la mano de su tía y se adelantó para conseguir un sitio en algún banco, porque no quería permanecer de pie durante el Santo Sacrificio, como ya le había ocurrido varias veces. Cuando terminó la celebración, según la costumbre, todo el pueblo se acercó al altar con los niños para que éstos fueran bendecidos. Blanca también quiso llevar a su sobrino, pero el muchacho había salido corriendo y se perdió en medio de la multitud.

Unos instantes después, Marcos se dio cuenta de que se encontraba entre gente desconocida, solo y desprotegido. El pobrecito empezó a llorar y vagaba sin destino fijo. Entonces sus ojos se detuvieron en una imagen de la Virgen y una gracia enorme le hizo contemplar la misericordiosa y maternal mirada de María. Se acordó enseguida de los mimos y de las caricias de su madre terrena, pero entendió cuán superior era el amor de la Reina del universo.

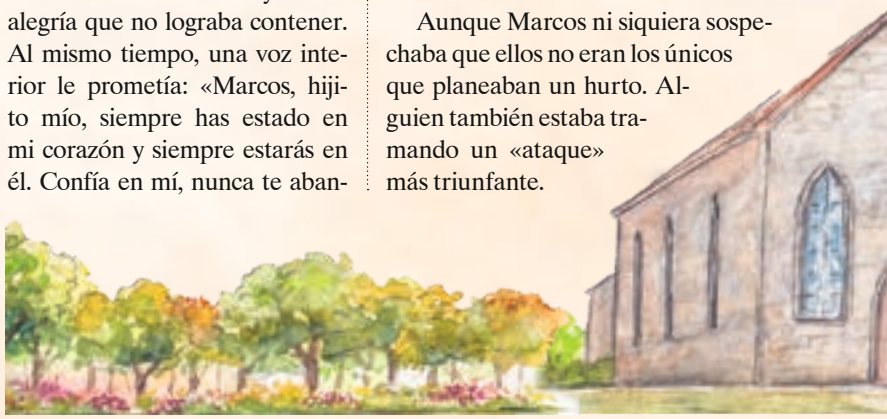
El pequeño se quedó paralizado, se secó las lágrimas y su alma se llenó de suave dulzura y de una alegría que no lograba contener. Al mismo tiempo, una voz interior le prometía: «Marcos, hijito mío, siempre has estado en mi corazón y siempre estarás en él. Confía en mí, nunca te abandonaré. Entrégame tu corazón y serás feliz, he aquí mi única petición». En consecuencia, el niño se sintió totalmente atraído por aquella Señora y experimentó cómo el amor a la Virgen llena el vacío de cualquier corazón.

Había pasado una década y Marcos ya tenía 17 años; se hallaba a las puertas de la madurez. Infelizmente, no siguió por el buen camino y los principios cristianos no echaron raíces en su alma. Se había convertido en un osado delincuente: se juntó con malas compañías, formó parte de un par de bandas y cometió varios robos. Así pues, se iba distanciando cada vez más de aquella Madre que tanto lo amaba.

La víspera de la fiesta de la Natividad de María, Marcos y sus compinches habían decidido asaltar una de las mansiones más ricas de la ciudad. Estudiaron minuciosamente qué debían hacer o no para que el robo alcanzara un éxito total.

Aunque Marcos ni siquiera sospechaba que ellos no eran los únicos que planeaban un hurto. Alguien también estaba tramando un «ataque» más triunfante.

Tras la Misa, Marcos salió corriendo y se perdió en medio de la multitud



Ilustraciones: Giuliana D'Amaro

A la mañana siguiente Marcos se dirigió al lugar indicado, pero un presentimiento extraño lo andaba atormentando. Su conciencia lo acusaba, le hacía comprender que si cometía ese pecado se volvería un auténtico delincuente, sin vuelta atrás. Un castigo tremendo lo esperaría si se adentraba por tan mal camino. Estos pensamientos le quitaban el sosiego. Sin embargo, continuó adelante.

En determinado momento, se topó con esta escena: vio a un débil anciano siendo asaltado por dos ladrones que le eran desconocidos. Marcos sintió pena por el pobre hombre, pensó que era injusto lo que le estaba pasando y salió en su defensa, propinándoles una buena paliza a los agresores. El hecho le hizo caer en la cuenta de lo feo que era ser un delincuente y el peso de la conciencia aumentó todavía más…

El anciano se lo agradeció diciendo: «Que la Santísima Virgen te lo recompense y te proteja; y que te acompañe adonde quieras que vayas». Al escuchar estas palabras, Marcos sonrió tímidamente. En realidad, reconocía su maldad y se juzgaba indigno de la protección de María. No obstante, prosiguió su camino…

Cuando llegó al lugar del robo —ya sin ganas de estar allí— se sorprendió al ver a sus «amigos» puestos contra la pared por los guardias. Le entró el miedo y salió huyendo. Uno de los policías percibió su extraña reacción y fue a capturarlo: «Es muy probable que ése forme parte de esta pandilla de malhechores», pensó.

La persecución se extendía por varias calles y Marcos corría desesperadamente. Al pasar delante de una iglesia se le ocurrió entrar allí y esconderse. En la sacristía vio algunos ornamentos y… ni corto ni perezoso vistió uno de ellos, haciéndose pasar por sacerdote: se arrodilló en una capilla lateral y se puso a «rezar».

Sus ojos volvieron a detenerse en aquella mirada que años atrás le había causado tanto encanto: ¡la de María Santísima!

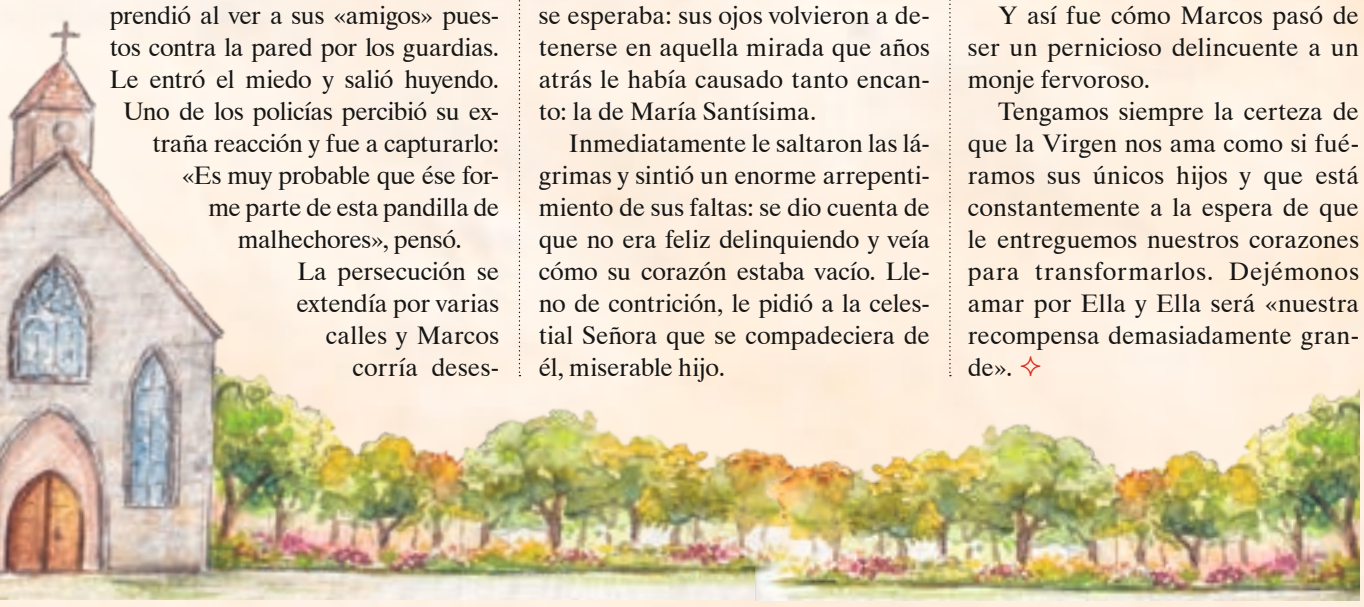
Mientras recuperaba el aliento, levantó la cabeza y ocurrió lo que no se esperaba: sus ojos volvieron a detenerse en aquella mirada que años atrás le había causado tanto encanto: la de María Santísima.

Inmediatamente le saltaron las lágrimas y sintió un enorme arrepentimiento de sus faltas: se dio cuenta de que no era feliz delinquiendo y veía cómo su corazón estaba vacío. Lleno de contrición, le pidió a la celestial Señora que se compadeciera de él, miserable hijo.

Se quedó un buen rato en dedicadas oraciones —y esta vez verdaderas— hasta que notó que ya había pasado el peligro. Se quitó la casulla y buscó a un sacerdote para confesarse. Regresó a la capillita e hizo la promesa de que le entregaría su corazón a María Santísima, consagrándole su vida.

Y así fue cómo Marcos pasó de ser un pernicioso delincuente a un monje fervoroso.

Tengamos siempre la certeza de que la Virgen nos ama como si fuéramos sus únicos hijos y que está constantemente a la espera de que le entreguemos nuestros corazones para transformarlos. Dejémonos amar por Ella y Ella será «nuestra recompensa demasiadamente grande». ✧



Los santos de cada día

1. Beata Juliana de Collalto, abadesa (†1262). De familia noble, vistió el hábito benedictino a los 12 años. Fundó el monasterio de San Blas, en Venecia, del cual fue superiora.

2. San Agrícola, obispo (†c. 700). Tras llevar vida monástica en la isla de Lérins, Francia, sucedió a San Magno al frente de la diócesis de Aviñón.

3. San Gregorio Magno, Papa y doctor de la Iglesia (†604 Roma).

Santa Febe. Piadosa auxiliar del apóstol San Pablo en Cencreas, Grecia, mencionada por él en su epístola a los romanos.

4. San Moisés, profeta. Elegido por Dios para liberar al pueblo de Israel de la opresión en Egipto y conducirlo a la tierra prometida.

5. XXIII Domingo del Tiempo Ordinario.

San Pedro Nguyen Van Tu, presbítero y mártir (†1838). Sacerdote dominico que continuó ejerciendo su ministerio clandestinamente durante la persecución en Vietnam.

6. Santa Bega, monja (†c. 660). Renunció al matrimonio con un príncipe noruego para llevar vida conventual. Fundó un monasterio en Saint Bees, Inglaterra.

7. Beata Eugenia Picco, virgen (†1921). Religiosa de la Congregación de las Pequeñas Hijas de los Sagrados Corazones de Jesús y de María que, tras haber sido profesora y maestra de novicias, fue elegida superiora general. Murió de tuberculosis ósea en Parma, Italia.

Reproducción

Santa Isabel y San Zacarías, detalle del Nacimiento e imposición del nombre de San Juan Bautista, por Sano di Pietro - Museo Metropolitano de Arte, Nueva York

8. Natividad de la Bienaventurada Virgen María.

Beato Federico Ozanam, laico (†1853). Italiano de nacimiento, fundó con otros seis compañeros la Sociedad de San Vicente de Paúl. Falleció en Marsella, Francia, en el camino de regreso a Italia.

9. San Pedro Claver, presbítero (†1654 Cartagena - Colombia).

Beata María Eutimia, virgen (†1955). Religiosa de la Congregación de las Hermanas de la Compasión, sirvió a Dios en la persona de los enfermos durante la Segunda Guerra Mundial. Falleció en Münster, Alemania.

10. San Nemesio, mártir (†251). Acusado de ser cristiano fue torturado y quemado en tiempos del emperador Decio.

11. San Daniel (o Deiniol) Wyn, obispo (†c. 584). Primer obispo de Bangor, Gales.

12. XXIV Domingo del Tiempo Ordinario.

Dulce Nombre de María.

San Guido, peregrino (†c. 1012). Tras recorrer por siete años los Santos Lugares, regresó a Anderlecht, Bélgica, donde murió piadosamente.

13. San Juan Crisóstomo, obispo y doctor de la Iglesia (†407 Comana - Turquía).

San Amado de Remiremont, presbítero y abad (†c. 629). Gobernó sabiamente la abadía de Habend, en la región de los Vosgos, Francia, fundada por él junto con San Romarico.

14. Exaltación de la Santa Cruz.

Beato Claudio Laplace, presbítero y mártir (†1794). Fue encarcelado en un barco en Rochefort, donde murió de inanición, durante la Revolución francesa.

15. Nuestra Señora de los Dolores.

Beato Rolando de Médicis, anacoreta (†1386). Vivió veintiséis años en un bosque, donde observó estricto silencio, en una vida extremadamente austera.

16. Santos Cornelio, Papa (†252 Civitavecchia), y **Cipriano,** obispo (†258 Cartago), mártires.

Santa Eufemia, virgen y mártir (†c. 303). Soportó crueles suplicios hasta la muerte, en Calcedonia, actual Turquía.

17. San Roberto Belarmino, obispo y doctor de la Iglesia (†1621 Roma).

Santa Hildegarda de Bingen, virgen (†1179). Religiosa

del monasterio del monte San Ruperto, Alemania, proclamada doctora de la Iglesia por el Papa Benedicto XVI.

18. Santa Ariadna, mártir. Ejecutada en los primeros tiempos del cristianismo en Frigia, actual Turquía.

19. XXV Domingo del Tiempo Ordinario.

San Jenaro, obispo y mártir (†s. IV Pozzuoli - Italia).

Beata Francisca Cualladó Baixauli, virgen y mártir (†1936). Humilde costurera, rezaba el Rosario y asistía a Misa diariamente. Fue fusilada en Benifayó, España.

20. Santos Andrés Kim Taegon, presbítero, **Pablo Chong Hasang** y **compañeros,** mártires (†1839-1866 Corea).

Beata María Teresa de San José, virgen (†1938). Fundadora de la Congregación de las Hermanas Carmelitas del Divino Corazón de Jesús. Falleció en Sittard, Países Bajos.

21. San Mateo, apóstol y evangelista.

San Quadrato, apologista (†s. II). Discípulo de los Apóstoles. Según la tradición, congregó a la Iglesia dispersa y le presentó al emperador Adriano un libro en defensa de la religión cristiana.

22. Santa Salaberga, abadesa (†c. 664). Se dice que San Columbano le curó su ceguera y la encauzó al servicio de Dios en Laon, Francia.

23. San Pío de Pietrelcina, presbítero (†1968 San Giovanni Rotondo - Italia).

Santos Zacarías e Isabel, padres de San Juan Bautista, Precursor del Mesías.

24. Nuestra Señora de la Merced.

Beata Colomba Gabriel, abadesa (†1926). Víctima de calumnias, dejó el cargo de superiora del monasterio benedictino de Lviv, Ucrania, y viajó a Roma, donde fundó la Congregación de las Hermanas Benedictinas de la Caridad.

25. Santos Pablo y Tata y sus hijos, mártires (†s. IV). Familia de Damasco, Siria, compuesta por los cónyuges y cuatro hijos, que fueron presos y torturados hasta la muerte por ser cristianos.

26. XXVI Domingo del Tiempo Ordinario.

Santos Cosme y Damián, mártires (†c. s. III Ciro - Siria).

Reproducción

San Gregorio Magno - Iglesia de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro y San Alfonso, Montevideo

San Gedeón. Varón escogido, de la tribu de Manasés, juez en Israel. Recibió del Señor el signo del rocío, que descendía a un vellón de lana, como fortaleza de Dios, librando al pueblo de Israel de sus enemigos, después de destruir el altar de Baal.

27. San Vicente de Paúl, presbítero (†1660 París).

Santa Hiltrudis, virgen (†d. 800). Se consagró a Dios y pasó a llevar vida eremítica junto al monasterio de Liesse, Bélgica, del que su hermano era abad.

28. San Wenceslao, mártir (†929/935 Stara Boleslav - República Checa).

San Lorenzo Ruiz y compañeros, mártires (†1633-1637 Nagasaki - Japón).

Santa Leoba, virgen (†c. 782). Pariente de San Bonifacio, colaboró con él en la evangelización de Alemania. Fue abadesa del monasterio de Tauberbischofsheim.

29. Santos arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael.

Beato Carlos de Blois, laico (†1364). Siendo duque de Bretaña, deseó entrar en la Orden Franciscana, pero obligado a vindicar el principado, soportó con firmeza de ánimo las tribulaciones de la prisión y fue asesinado en combate junto al Auray, Francia.

30. San Jerónimo, presbítero y doctor de la Iglesia (†420 Belén - Palestina).

Beata Felicia Meda, abadesa (†1444). Religiosa clarisa superiora del monasterio de Santa Úrsula, en Milán, y del monasterio Corpus Domini, de Pésaro, Italia.

Admiración: consuelo en

Excelente remedio contra los dramas de la vida, la admiración eleva nuestras almas al amor de los beneficios que el Señor ha otorgado a los demás, los cuales iluminan como estrellas la noche oscura de nuestras pruebas.

Hna. María Beatriz Ribeiro Matos, EP

Bien conocida es la obra *Noche oscura* de San Juan de la Cruz, en la cual el autor explica el proceso de purificación de las imperfecciones del alma, «disponiéndola para la unión de amor con Dios».[1] Pienso, sin embargo, que al maestro de la vida espiritual no le importará si en estas páginas, en lugar de desarrollar su sublime pensamiento, consideramos brevemente un asunto conexo.

La «noche oscura» descrita por el místico carmelita puede parecer horrible, similar al castigo infligido a los egipcios: unas «tinieblas tan densas que puedan palparse» (cf. Éx 10, 21). Incluso en tales circunstancias hemos de mantener un estado de espíritu sereno, confiado y seguro, ciertos de que nunca será abandonado el que espera en el auxilio del Cielo. Así lo afirma el mismo santo: «Tomando Dios la mano tuya, te guía a oscuras como a ciego»; «por ir a oscuras, no sólo no va perdida [el alma], sino aun muy ganada, pues aquí va ganando las virtudes».[2]

Ahora bien, por muy clara que esté la meta de la prueba —la plena unión de amor con el Señor—, los medios siempre serán arduos y cargados de perplejidades. Entonces, ¿cómo seguir adelante en tan difícil coyuntura?

Cuando el sol ya se ha puesto y la generalidad de los hombres descansa a fin de prepararse para la próxima jornada, un velo negro envuelve el firmamento. Aunque la brillante luna no deje verse, allí se encontrarán centelleando como de costumbre las estrellas,

Anne Dirkse (CC by-sa 4.0)

Deborah Lee Soltesz (CC by-sa 1.0)

Deborah Lee Soltesz (CC by-sa 1.0)

A la izquierda, región de la Gran Nube de Magallanes, fotografiada por el telescopio Hubble; a la derecha, Vía Láctea sobre los picos de San Francisco, Arizona (EE. UU.)

medio de las perplejidades

confortando a quienes las contemplan e indicando el rumbo correcto. Algo semejante les sucede a los hijos de la luz durante la noche oscura del alma: para los que desean caminar por la senda de la virtud en medio de las tinieblas de este mundo, admirar las cualidades de los demás puede servirles de consuelo en el momento en el que las angustias se intensifican y pretenden sofocarnos.

La admiración da alas para volar sobre los obstáculos con levedad e incluso con gusto. Es un excelente instrumento para amenizar los dramas de la vida.

Siempre —repito, ¡siempre!— habrá en los otros atributos dignos de admiración. No obstante, me refiero sobre todo a aquellos cuyos ejemplos nos conducen a la santificación: «Los sabios brillarán como el fulgor del firmamento, y los que enseñaron a muchos la justicia, como las estrellas, por toda la eternidad» (Dan 12, 3). El propio Verbo Encarnado, hallándose por encima de cualquier comparación, no dudó en mostrar su admiración por la generosidad de la pobre viuda (cf. Mc 12, 43-44; Lc 21, 3-4), por la fe del centurión romano (cf. Mt 8, 10; Lc 7, 9) o por la lealtad de Natanael (cf. Jn 1, 47)…

«*Stella enim ab stella differt claritate*» —una estrella se distingue de otra por su resplandor— (1 Cor 15, 41). Una vez más algo análogo ocurre con el género humano. El supremo Artífice no ha creado a todas las almas iguales, sino distintas, y cada cual representa de manera específica alguna perfección de Él mismo; así, se completan en armonía y conforman un escenario incomparablemente más hermoso que el conjunto de los astros.

¡He aquí el amor único y exclusivo del Omnipotente por sus hijos! Aun cuando alguien pueda parecer el más miserable de entre los mortales, incapaz de cualquier obra buena —y, de hecho, desde el punto de vista sobrenatural todos somos así!—, para cada uno es una magnífica estrella, receptáculo de su infinito amor.

Considerar esa benevolencia divina hacia nuestro prójimo amenizará los sufrimientos que debemos atravesar. Por lo tanto, conscientes de nuestras propias limitaciones, en cada estación del «Vía crucis» individual, nuestros ojos serán más capaces de encontrar a Dios en nuestros hermanos y hermanas. ✧

---

[1] SAN JUAN DE LA CRUZ. «Noche oscura». L. I, c. 8, n.º 1. In: Obras. Burgos: El Monte Carmelo, 1929, v. II, p. 386.

[2] Ídem, L. II, c. 16, n.º 7, p. 472; n.º 3, p. 470.

A la izquierda, lluvia de meteoros y la Vía Láctea sobre el Big Sand Lake, Minnesota (EE. UU.); a la derecha, vista de la Vía Láctea sobre el lago Michigan (EE. UU.)

Nuestra Señora de los Dolores - Casa San Pedro, Mairiporã (Brasil)

La actitud de la Virgen durante la Pasión del Señor fue una gran consolación para el Hombre Dios: su compasión lo fortalecía, sus lágrimas suavizaban su Sagrado Corazón, su firmeza lo animaba a proseguir hasta el final. En Ella veía la perfecta correspondencia a todo lo que había dado a la humanidad desde la Encarnación. En Ella su sangre daba frutos en plenitud. Pero, sobre todo, en el Inmaculado Corazón de María encontraba reflejada su propia Pasión. Ambos corazones, que forman uno solo, fueron clavados juntos en la cruz y allí esperaban la gloriosa Resurrección.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

Sebastián Cadavid